Tomo XVI

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 16

San José, Costa Rica **1928** Sábado 28 de Abril

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO



Selma Lagerlöf
y la comandanta de Ekebú

El año pasado estrenóse entre nosotros la ópera titulada *Los Caballeros de Ekebú*. Salió a escena una sola vez. Parece que ni la música ni el argumento fueron aceptados por el público. El tema ha sido tomado de la *Leyenda de Gösta Berling*, de Selma Lagerlöf. Yo conocía algunas obras de la escritora sueca: *Nils Holgersson*, laureada con el premio Novel: *Jerusalén*, *Leyendas de Cristo*, *El carretero de la muerte* y *Clara Aurelia*. Leí luego la *Leyenda de Gösta Berling*. Es una obra de un valor moral positivo. Gösta Berling, los caballeros de Ekebú y la comandanta, son los personajes principales. Me impresionó vivamente la personalidad de la comandanta. Rara creación de la escritora, con la que ha querido llevar a la realidad una de sus concepciones ideológicas más fantástica.

El corazón de Selma Lagerlöf es uno con sus hermanos de raza. Sus ideales nacen en la entraña del pueblo y se nutren de su savia. Sus obras se inspiran en hechos (reales o inventados; en tradiciones o leyendas nacidas en la cuna escandinava, o creadas por su genial imaginación.

En la *Leyenda de Gösta Berling*, su alma cristiana da cabida a todos los seres de la tierra, con sus buenas tendencias o con sus lacras. El saber y la ignorancia; las virtudes y los pecados; las pasiones, los vicios, el valor y las debilidades; el delito y el castigo; el rencor, el perdón, en una palabra: «el bien y el mal» se confunden en su pensamiento en un mismo origen: la Humanidad.

Hijos de Adán, llevamos el estigma del pecado original. Las imperfecciones son nuestra herencia. ¿Por qué los pecados o los errores han de merecer el anatema despiadado? ¿Por qué el dolor ha de enseñorearse con su víctima? ¿Las desventuras que afligen a la humanidad, son sin remedio? ¿No hay en cada vida un oasis y en cada espíritu la purísima vibración a la dicha y al bien, así sea fugaz como el pensamiento? Esto es lo que Selma Lagerlöf nos repite en mil formas. Su mente robusta va del palacio a la choza, de la opulencia a la miseria, de la depravación a la enmienda, alcanzando siempre la misma enseñanza: amor al prójimo, gracia y misericordia.

Es interesantísimo seguir la acción de los protagonistas en la *Leyenda de Gösta Berling* y compenetrarse de la intención que persiguió la autora al darles vida en la trama intrincada de su admirable producción.

Gösta, pastor protestante demasiado joven, ha descuidado los deberes de su ministerio y ha faltado a la austeridad a que su cargo lo obligaba. Jugó y bebió; pero... ¿no es hombre? ¿No está hecho de barro como los demás? ¿Qué importan las flaquezas del cuerpo si el alma no ha sucumbido y si la oración brota purísima de su fe en Dios?

Aquel domingo inolvidable, a la hora del oficio, de rodillas en el púlpito, en presencia de los superiores que venían a juzgarlo, ante los feligreses convertidos en enemigos, Gösta se sintió solo y abrumado por sus culpas. Concluída la lectura de la introducción y rezado el Padrenuestro, debía comenzar su sermón. Un pensamiento angustioso oprimióle el corazón y ahogó un instante las palabras en sus labios. Es ésta la última vez, se dijo, que me será permitido subir al púlpito para pronunciar la gloria de Dios. ¡La última vez! Olvidó sus malas acciones y todo cuanto lo rodeaba. Parecióle que el piso de la iglesia se hundía en la tierra y que el techo desaparecía descubriéndole el firmamento. Estaba solo; bien solo. Su espíritu se elevó hasta el cielo. Dejó de lado las páginas donde llevaba escrito el sermón, y las ideas brotaron de su cerebro como si se hubiera dado libertad a un emjambre de palomas prisioneras. Alguien más grande que él dictaba sus palabras. Su voz llenaba el espacio. Comprendió que nadie podría superarlo cuando annnciaba así la gloria de Dios. En tanto que la inspiración lo iluminó, hablo Gösta; pero desde que se apagó esa luz sublime, y el techo descendió cubriendo la iglesia, y el piso se alzó de nuevo, Gösta desfalleció e inclinándose lloró amargamente. La vida le había dado su mejor momento y ese momento había pasado ya.

¡Cuán hermosa es esta imagen del arrepentimiento! Como el generoso perdón de las gentes sencillas que escucharon al pastor con devoción intensa. Patética como el propósito de enmienda del afligido pecador. ¿Vencerá en adelante los embates de la vida? ¿Tendría fuerza suficiente para sustraerse

a las tentaciones que de todas partes habían de asediarlo?

Con profunda tristeza seguimos a la escritora cuando nos presenta los hechos lógicos que arrastraron a aquel hombre a la caída definitiva. La intervención de «una mala compañía», el camarada Christián Bergh, atrae sobre él la desgracia. Falto de carácter, se deja vencer por la fatalidad y abandona para siempre el presbiterio.

«Esto sucedía allá por 1820, en un municipio apartado del Vermland occidental. Fue la primera desdicha que afligió a Gösta Berling; no había de ser la última; pues los seres pusilámines encuentran la vida dura y no soportan el látigo ni las espuelas. Al primer aguijón del dolor, se extravían por sendas tortuosas que los llevan al precipicio. En cuanto la ruta es pedregosa y el viaje penoso, no encuentran otra solución que arrojar la carga y correr locamente».

Gösta, convertido en mendigo, tan harapiento como vicioso, atraviesa la selva, recorre los caminos. A consecuencia de una vil acción la existencia se le hace insoportable. Va a caer en el suicidio, cuando aparece la comandanta para salvarlo. «¿Eres tú Gösta Berling, el sacerdote insensato?» Quedóse él inmóvil. «Yo soy la comandanta de Ekebú».

Hubo en un tiempo una joven bella y pura, Margarita Celsing, novia del joven Altringer. Ahora es Margarita Samzélius, esposa del comandante Samzélius. Cuando Altringer fue un hombre mayor, se hizo poderoso y todos sus bienes fueron para Margarita. Al morir la dejó dueña de las siete herrerías de Ekebú. Margarita Celsing no existe. Háse mudado en comandanta de Ekebú. «¿Piensas acaso que si yo fuera un ser vivo, y te viera así, miserable, alimentando ideas de suicidio, no te habría hecho desistir fácilmente? Encontraría lágrimas y ruegos que trastornarían tu ánimo. Pero estoy muerta: Dios lo sabe... ¿No has oído hablar de la bella Margarita Celsing?» Las exhortaciones severas de la comandanta no convencen a Gösta; entonces ella le relata su historia y le promete un sitio en Ekebú: será caballero de Ekebú.

Extraña personificación del bien y del mal es esta mujer que gobierna a todos. En ella se compendían el poder, la inteligencia y la justicia. Sin embargo, hay un secreto en su vida que autoriza a Sintram, el más temible de los personajes de la leyenda, a asegurar que la comandanta le ha vendido el alma a él, en quién está encarnado Satanás. Sintram no tiene vicios, pero desparrama la cizaña y se recrea en el mal ajeno.

La comandanta es algo así como la fortuna. Vuelca a manos llenas sus dineros en los bolsillos de la rara cofradía de los caballeros de Ekebú. Para los trabajadores también es generosa la fortuna. La naturaleza es pródiga en las regiones del Leuven. Alimentan al lago las corrientes dulces que bajan de las montañas ferruginosas y sobra el riego para refrescar las llanuras esmeraldinas, resguardadas por los majestuosos bosques de pinos. La mano del hombre centuplica las riquezas naturales. Abunda la semilla y recógese buena cosecha. El trigo abastece sin cesar los molinos. Las minas de hierro son inagotables y las herrerías no apagan jamás sus fraguas.

La comandanta es reina, es madre, es hermana, es amiga, según convenga al bien de los demás. ¿Pero por qué esos caballeros son sus preferidos? La ociosidad y el despilfarro llenan los días de esos señores; las orgías sus noches. No trabajan los caballeros; la fortuna les sonríe; apuran deleites y amores. Todo lo puede la mujer magnánima que los protege.

«El lago, la montaña y la llanura formaban, antes como ahora, uno de los más bellos paisajes, y, como hoy, el pueblo era vigoroso, inteligente y trabajador; ha elevado a muy alto nivel su condición; se ha instruído. ¡Dios lo conserve!»

Aquel año, como otros, la fiesta de Noel, delicia de los niños y regocijo de los mayores, se realizó a orillas del Leuven; en su ambiente saturado de religión en el presbiterio, de sencillez en la cabaña, de caridad en el palacio. Solamente en la mansión de los caballeros de Ekebú la fiesta de Noel se profanó con el sacrilegio y la orgía. Sintram, el diablo en persona, que espiaba a las gentes y buscaba el momento propicio para inducirlas al mal, con raro poder de sugestión, hizo olvidar a los caballeros que el honor era el lema de la cofradía y los indujo a caer en la más terrible superstición contra la comandanta, arrastrándolos a una inaudita perversidad: en la célebre y tradicional cena de Noel, que aquélla presidía, Christián Bergh, en presencia de todos enrostró a la comandanta el delito de adulterio que manchaba su conciencia. ¡Pérfidos fueron esa noche los caballeros al cerrar sus corazones a la gratitud! Altiva y valiente, la comandanta soporta la acusación y confiésase culpable. ¿Quién la amará menos por ese pecado que cometió impulsada por causas bien ajenas a sus buenas tendencias? ¿Quién levantará la voz o la mano sobre ella, la generosa amiga, la infatigable ama?

Más infame que todos, el comandante Samzélius, que a sabiendas gozó de los bienes mal adquiridos, finge ahora haber ignorado la falta de su mujer; hinchado de vanidad la expulsa de su presencia y de esos dominios que no le pertenecen a él sino a ella. El juez de Monkerud y el pastor de Bro interceden para salvar a la comandanta, mas aquel hombre feroz amenaza con arrojarla a la jauría de osos que él doma y mantiene por diversión. Gösta se dispone a defenderla; la gratitud se lo ordena; todo se lo debe a ella; pero Sintram, el cizañero, le sopla al oído uno de sus tremendos embustes. Gösta, acometido de improviso de una increíble cobardía, permanece indeferente. ¡Malvados! Vivieron de los dones de esa valiente mujer, y ahora timoratos y cobardes la abandonan. Christián Bergh se arroja a sus pies y sollozando le pide perdón. Sin más apoyo que la débil compasión de las mujeres, por primera vez abate a la comandanta el castigo de su pecado y la maldición de la madre ante quien se sublevó con rencor maligno, cuando quiso interponerse en sus relaciones delictuosas con Altringer.

No obstante, fué grande en su caída. No se le vió nunca abandonanrse a la desesperación. El amor de su juventud bullía aún en su vejez. No temió recorrer el país con el saco y el bastón de los pordioseros. Se apiadaba únicamente de sus paisanos, de la inconciencia de sus huéspedes: se afligía por todos aquellos que había protegido, alimentado y sostenido. El comandante Samzélius dejó Ekebú y se fué a habitar el dominio de su propiedad en Sioe, próximo a Ekebú.

Bien pronto la desgracia de la comandanta hiere a sus promotores y flagela a todos los habitantes de Vermland. Víctimas del amor por Gösta, sucumben jóvenes inocentes. Las intrigas de Sintram siembran la discordia en los hogares. Al correr de los días ociosos, los arados, los molinos y las fraguas, sin el estímulo de su inteligente ama, van deteniéndose.

—Os mostraré algo curioso, caballero Gösta, dijo un día Bendix, el administrador de la herrería de Elgfors.

Y abriendo un cajón, tomo un puñado de limas de acero, muy finas.

—¿No adivináis dónde las he hallado?, agregó, con el rostro sombrío, mirando al de Ekebú.

Y bien; las he encontrado en la boca de una rata muerta. Llevaba estas limas en lugar de dientes. ¡Comprenderéis que con semejantes dientes esos animalejos pueden roer el hierro!

¿Dónde se encontraría una figura que expresara más a lo vivo la ruina consiguiente a la ociosidad? ¡Cuando el trabajo se detiene, las ratas se arman con dientes de finas limas!

No le importan a la comandanta sus bienes; para ella basta un mendrugo de pan. ¡Pero sus gentes! ¡Su pueblo! Intenta salvarlo y ayudada por labradores y obreros, acude a Ekebú para arrojar a los caballeros. ¡Soberbia está la comandanta con el hachón encendido prendiendo fuego a las prostituídas riquezas del palacio maldito y enrostrando a cada uno de esos señores, maniatados en sus viejos coches, su perfidia y la perdición de su pueblo!

Prevenido Samzélius del triunfo de su mujer, se apresta a atacar a la adúltera y a sus servidores con la jauría de osos. Para evitar a los paisanos tamaño peligro y una pelea desigual, la comandanta les ordena retirarse y ella se interna en la selva sombría.

Libres otra vez los caballeros, alaban a la comandanta. ¡Qué mujer! No hay otra igual. ¿Qué más querrían ellos que obedecerla y adorarla? ¿Pero por qué ha hecho ese pacto siniestro con el diablo, y se propone mandar al infierno las almas de los caballeros?

Bien claro vemos la ficción de que echa mano la escritora: los caudales mal empleados son fuente de corrupción y la vida inmoral es un infierno.

La policía se ha visto obligada a detener a la comandanta, perseguida por Samzélius. Es el 8 de marzo; el magistrado Sharling celebra su onomástico y muchas gentes avanzan por las inmediaciones de Brobú. Entre los invitados está la joven Elisabeth, esposa del conde Henrik. Al entrar ha notado la presencia de la prisionera en una sala baja. Tierna y compasiva, la condesa dirige reproches a la esposa del magistrado.

—No es por mi gusto—replica la señora Sharling—que se baila en mi casa mientras ella está encerrada aquí. Estaba en Karlstad; pero ahora pasará a juicio y nos la han traído. No podemos ponerla en el sucio calabozo del pueblo; yo le he abierto esa pieza. Le habría dado mi salón, condesa, si no hubieran venido estas gentes. Usted la conoce apenas; ella ha sido como una madre y una reina para todos nosotros. ¿Qué pensará al vernos bailar, sabiéndola sumida en tan espantosa desventura? Por suerte, pocas personas sospechan su presencia.

La comandanta, en la pieza que le servía de prisión, caminaba de un lado a otro, sin prestar atención a nada. La pobre mujer imaginaba un largo viaje: le parecía estar ya en camino hacia la región donde habitaba su madre, allá arriba, en los bosques de Elfdalen. Cuenta la madre más de ochenta y dos años de edad y puede morir de un momento a otro.

La comandanta también ha envejecido: sus cabellos han raleado y mechones blancos escapan de las trenzas. Tiene el semblante fatigado. Los vestidos rotos. Sin embargo, conserva la dignidad de la poderosa ama de Ekebú, de la más rica dama de Vermland, e inspira tanto respeto como piedad. La condesa Elisabeth se ha hecho conducir a su presencia. No olvidará jamás esos ojos hundidos y sombreados por grandes ojeras; ojos de mirada fija, en los que vacila la razón y en el fondo de cuyas pupilas se enciende un destello salvaje.

—¡Ah, señora! — exclamó la joven condesa, acercándose—. ¡Querría hacer tanto por usted!

—Escucha, mi niña—respondió la comandanta—: había en Ekebú una vieja que tenía cautivos los vientos. Ella está ahora prisionera y los vientos están libres. No es extraño que una tempestad atraviese el país... Id, y guardáos de los vientos que galopan soplando la destrucción.

La condensa Elisabeth provocó un incidente con Gösta Berling, durante el baile, tratando de obtener de él protección para la comandanta. Su empeño fue inútil y sólo consiguió acarrear sobre sí un gran infortunio.

Christián Berg y Christoffer, aprovechando el desorden producido por Gösta, pusieron en libertad a la comandanta. Sin tardanza y soportando valerosamente las dificultades del largo camino, fuése ella en busca de la madre. «¡Por fin has venido!» —dícele ésta—. Le permite entrar a su vieja casa y ayudarle en los quehaceres de la granja, del telar, de la cocina. ¡Estaba perdonada! Es tiempo de volver a Ekebú para salvarlo.

Todas las comarcas convecinas han sufrido tremendos azotes. A las devastadoras tormentas e inundaciones ha seguido una sequía arrasadora. Las hierbas en los prados moríanse de sed. Los rayos del sol se trasformaban en llamas de fuego, quemándolo todo. Los pinos en las selvas se estremecían violentos y feroces, llenando los ámbitos con el crujido siniestro de sus rígidos troncos. La oración de los buenos no conseguía conjurar el hambre y las epidemias. Los avaros escondían sus tesoros. Los hogares se agitaban en viejas disidencias. Las jóvenes abandonaban a sus prometidos. La lealtad habíase trocado en traición. Entre los enemigos recrudecían los enojos. La alegría parecía haber huído para siempre. Fuegos y lágrimas perdíanse en el abismo de la desdicha.

Algunos días antes de Noel, la comandanta se puso en marcha hacia Ekebú. Se enfermó gravemente en el camino y tuvo que detenerse. En esos días, los caballeros, acosados por la indigencia y desesperados por los truculentos males que amenazaban acabar con los habitantes de Ekebú y de las comarcas de Vermland, recurrieron al trabajo como único medio de salvación. Regenerados, empezaron a gustar el bien emanado de esa ley divina. Fortalecida su voluntad, despertáronse en ellos los buenos sentimientos y cada día daban pruebas de enmienda con una buena acción, con un hecho abnegado, hasta con sacrificio de la vida, como lo hizo el capitán Lenard, por auxiliar a un grupo de niños y mujeres que corrían el peligro de ser aplastados por una viga de hierro. Sintram no se atrevía a dejarse ver; no tenían tiempo ahora los caballeros para oír majaderías. Reinó de nuevo la unión en los hogares y el trabajo mejoró la condición precaria en que había caído. El pastor de Brobú confesó públicamente su pecado de avaricia y el oro de sus botijos se repartió entre los pobres. El trigo ya no se consumía en las cubas de aguardiente.

Ya estaba cerca la comandanta. Deteníase en todas partes para preguntar: «¿Cómo vais? ¿Carecéis de algo?»

—Aquí tenemos dos mujeres ricas y buenas—le respondían—; las dos ayudan a Gösta Berling a ir de casa en casa, vigilándolo todo, para que nadie pase hambre. Queremos ser buenos, creer en el bien, no hacer daño a nadie. En los cortijos se da de comer a las mujeres necesitadas. Se trabaja en todas partes y las siete herrerías de Ekebú están en plena actividad.

Cuando la anciana llegó a sus dominios, los caballeros salieron a recibirla; apenas sí pudieron reconocerla; tan extenuada volvía. Pero de su semblante irradiaba una grave dulzura; lo que hizo exclamar a todos: «No es la comandanta de Ekebú lo que vuelve; es Margarita Celsing». Dejáronla en el lecho y salieron, cerrando la puerta de la estancia «¡Cuánto hay que decir cuando se acerca la hora de la muerte!»

Sintram reaparece y consigue ver a la comandanta; le entrega el pacto que firmó Gösta aquella funesta noche de Noel. El deseo del bien no había abandonado a la moribunda; pero ésta hecha de carne y hueso y las dormidas pasiones agitan su ánimo. Quiere castigar a los malos, quiere vengar la negra ingratitud de los que la repudiaron. Gösta, el más odiado, heredará las siete herrerías; no podrá nunca sustraerse al peligro de sus riquezas.

—Y decir—exclamaba la comandanta—¡qué tú también, Elisabeth, has sido una mujer adúltera, si no en acto, por lo menos en pensamiento, y sin embargo, puedes vivir dichosa!

La ternura de las mujeres interviene para tranquilizarla y obtener el perdón de Gösta, quien, angustiado, le dirigía súplicas fervorosas. En ese momento un golpe sordo retumbó en el silencio; luego otro y otro... El ruido armonioso del martillo resonaba en la noche.

Es Nochebuena, noche de Noel; ni los molinos ni las fraguas trabajaron nunca la noche de Noel. Pero ¿por qué medios puede obtenerse la bendición de la amada patrona? ¿De qué recursos puede echarse mano para beatificar su agonía?... La idea ha acudido a la mente de todas esas gentes sencillas. Quieren de la fortuna el mejor don; de la querida protectora que la muerte les arrebata, el mejor legado: el trabajo; el único bien posible y duradero.

Abrense las compuertas, giran las ruedas de los molinos, muévese la hoz en las praderas, golpea el martillo sobre el yunque, arden las fraguas y por primera vez en aquella aldea apartada de Vermland occidental, el trabajo déjase oír en la vigilia de Navidad. La moribunda aquieta su alma y perdona; las herrerías pasarán a propiedad del pueblo y ella espera que todos serán felices. Un hálito de fe, de caridad, de esperanza, sopla con la brisa nocturna. Los pinos en las cercanías exhalan con fruición el perfume saludable de su resina.

Ahora puede morirse la comandanta. La fosa guardará el cuerpo putrefacto; con él quedarán enterradas sus miserias. Libre de la carne, devorado de todo mal, su espíritu sobrevivirá en la memoria de su pueblo; será aliento en el trabajo, inspiración en el pensamiento, amor en los corazones.

Justa Roqué de Padilla

(*La Prensa*. Buenos Aires)

Palabras del Embajador de México D. Alfonso Reyes

Primera piedra de la Casa del Teatro Buenos Aires, 16 de Febrero de 1928

RECIBAN, cuantos concibieron e impulsaron la idea que ahora comienza a realizarse, el aplauso y la felicitación de todos los que se interesan en la mayor dignidad y la plena incorporación social de la clase artística,—modesto sacerdocio laico que nos procura cuidados indispensables a la vida espiritual de los pueblos modernos, y a quien, sin embargo, cabe con frecuencia la suerte que cupo a los embalsamadores de Egipto: éstos, aunque proporcionaban servicios preciosos para la inmortalidad—según las creencias de aquel pueblo extraño y profundo, hipnotizado por la preocupación de la muerte y enamorado de la ultratumba—vivían como olvidados y escondían, en los barrios pobres, su existencia precaria.

Corresponde a la primera dama argentina el mayor honor en esta empresa. La obra, Señora, a que habéis querido otorgar vuestro patrocinio y el apoyo de vuestra cordialidad admirable es más que filantrópica—si es que puede haber algo mejor que un acto de bondad, que una expresión de la buena voluntad entre los hombres. Quiero decir que tal obra tiene un alcance cuya profundidad no podemos apreciar desde aquí. Sus consecuencias pueden aprovechar, no solamente a la clase artística que resulta directamente beneficiada, sino a toda la sociedad, a todo el pueblo en que esa clase opera su labor de lenta y tortuosa penetración del espíritu en la vida y en las costumbres.

Siempre fué la salud amiga de las diversiones, los juegos, las tareas desinteresadas y amenas. Juegos, diversiones, tareas desinteresadas son las artes, desde el punto de vista puramente biológico: actividades reveladoras de una vitalidad normal, desbordes de la fuente interior, cuando mana con regularidad y equilibrio. Lo cual no quita que las artes sean también, para la ética y la metafísica, exteriorizaciones y descargas indispensables a la buena economía del alma, y, hasta espejos en que la conducta se contrasta y se rectifica. Así, el solo cuidado por mejorar la clase artística es síntoma de cabal salud en la ciudad que se ocupa de procurarlo y es, además, garantía de porvenir.

Hubo un tiempo en que los poetas, antes de venir a ser, con Chateaubriand o Paul Claudel, los intérpretes de los pueblos y los mensajeros de la buena fe internacional, es decir: los verdaderos vates, en el sentido más puro y sagrado de la palabra,—formaban una clase errabunda, que iba cantando por las calles, e implorando—como el pobre murguista ambulante—, bajo las ventanas de los señores, los dineros de la limosna o, al menos, el «vaso de bon vino» que, en pago de su poema, pedía el Maestro Gonzalo de Berceo. También el Teatro Moderno tuvo humilde cuna. Cierto es que arranca, en la profunda Edad Media, de las representaciones litúrgicas que los eclesiásticos y las cofradías religiosas celebraban en el seno mismo de las iglesias—pequeños misterios y moralidades derivados de la Doctrina y encaminados a difundir la buena semilla. (Adviértase que aun el sacrificio de la misa es, en lo mera-

mente ritual y exterior, una representación *coram populo*). Pero como el Teatro se va emancipando y llenándose de motivos profanos, es fuerza que salga de la Iglesia al atrio y, finalmente, a mitad de la calle. Y ya tenemos aquí la carreta de representaciones al aire libre, de que son ahora testimonio y reliquia los últimos guiñoles que andan rodando por las ferias. En el Renacimiento Español—para acudir al caso que más nos importa por la tradición de la lengua— encontramos por un momento el Teatro, con Juan del Encina, asilado por merced en las salas de los magnates, donde los representantes no distaban mucho de la categoría humilde de los bufones. Y, por un pintoresco azar histórico, el Teatro vuelve a su función catequista—todavía más simplificado y humilde—con los misioneros que se derraman por América, enseñando el Evangelio a los indios e inculcándoles el sentimiento cristiano, lo mismo mediante la prédica que con el recurso de pequeños actos escénicos, por desgracia no suficientemenie estudiados, porque los varones de piedad que los componían no se preocuparon de conservarlos, ni aspiraban, ciertamente, a la posteridad literaria. Cuando la Comedia Española del Siglo de Oro, cargada con la sangre misma del pueblo, llena de su historia y de sus genuinos apetitos poéticos, se adueña de la sociedad española y deslumbra al mundo, la gran afición de los Felipes concede al acto teatral toda su dignidad de espectáculo, pero no todavía, a los Trabajadores del Teatro, toda la dignidad social que les corresponde, y que sólo los pueblos de intensa cultura democrática son capaces de concederles.

Una invitación que singularmente me honra y que personalmente agradezco a título de simple obrero de las letras y de constante amigo de las Cofradías de la Comedia, me permite hoy asociar el nombre de México al acto con que se inicia en Buenos Aires la edificación de la Casa del Teatro. Me conmueve verdaderamente poder disfrutar de suerte semejante, y poder recordar así, públicamente, que el Teatro— además de tantas otras cosas— ha sido también camino franco de amistad y acercamiento entre nuestras dos naciones hermanas. Nada mejor que la escena, en efecto, para lograr que un pueblo, no solamente comprenda las concepciones generales que inspiran la vida de otro pueblo, sino saboree también y palpe de una manera objetiva, sus peculiaridades todas, sus modos de hablar, sus ademanes, sus menudos hábitos de vida cotidiana. Pudiera decirse que el llevar a un pueblo la ciencia de otro pueblo, equivale a trasportar un fragmento de una tierra a otra, pero un fragmento caliente aún, animado y vivo, con su población a cuestas y hasta con su atmósfera inefable.—Puedo asegurar,—para sólo citar los últimos ejemplos y los más populares y difundidos que, cualquiera que sea la consideración artística que se conceda a tales o cuales figuras de nuestros respectivos escenarios, pocos esfuerzos habrán sido más felices para despertar en la Argentina la curiosidad por la vida mexicana, o en México por la vida argentina, que las giras organizadas no hace muchos años por las Compañías de Lupe y de Camila.

Entre México y la Argentina puso la naturaleza distancias y acumuló montañas. Un solo jinete con cabalgadura y remonta ha sabido vencer distancias y borrar obstáculos de montañas.— No se diga que puede menos la virtud de un alto pensamiento.

Buenos Aires,
16 de febrero 1928.

Noticia de libros

Margarita de Niebla, de Jaime Torres Bodet. Editorial Cultura. México, 1927.

Margarita de Niebla, de Jaime Torres Bodet, recién publicada con pulcra tipografía por Editorial Cultura, es una muestra típica y genuina de este género de poemática, hoy en boga y prestigio, que se construye, gratuitamente, sin escenificación y sin argumento, con una total carencia de materiales humanos. Es evidente, que la última obra del ágil y elegante prosista mexicano cabe perfectamente dentro de este cuadro de limitaciones, como lo es, asimismo, pese a su corte y estructura novelescas, su carácter e intención poemáticas.

El afán, común en nuestros días a todos los sectores de la actividad artística, por crear modalidades y géneros estéticos, propios a cada uno de ellos, en los que la libertad creadora y el más gratuito arbitrio constituyan las únicas fuentes de estímulo y ocupen todo el campo, ha conseguido una cabal y madura plenitud en este género poemático, dentro del cual cabe incluir *Margarita de Niebla*, género y obra en los que desaparece, completamente, toda huella de escenificación y pasiones humanas, para darse, edificándolo sobre el vacío, a un juego, ágil e ingenioso, de la imaginación *y el espíritu*.

Huelga decir que estas corrientes estéticas, que podemos calificar y así se califican, de puras, no son únicas y exclusivamente privativas en nuestra hora. Este creacionismo estético puro, del que han surgido, como géneros típicos, la poemática en el campo literario y la tendencia plásticamente pura en el de las artes plásticas, se opone a otro credo estético que, en contraste con aquél, hace acopio de material humano en grandes cantidades, sirviéndose de él para dar contenido y substancia a las formas artísticas y al vehículo expresivo. Y, ¿cuál será de ellos el credo estético genuinamente representativo y propio de nuestra hora? Osaremos decir que ambos, por igual y simultáneamente, representando, frente a aquélla, dos posiciones, opuestas y contradictorias entre sí. El creacionismo estético puro representa, frente al imperativo categórico de la época, una posición negativa, es decir, inhibitiva, oponiendo a las realidades de la fenomenología social, una irreductibilidad personal, cerrada e inexpugnable. El segundo de estos credos, por el contrario, acata este imperativo social y aspira a ser un arte de masas, de multitudes.

Sin pretender, en esta nota dar de la historia una interpretación económica, limitando la visión a las realidades de nuestra hora, es evidente que las características propias del momento histórico presente son esencialmente económicas, determinadas por el antagonismo de las clases burguesa y proletaria, que mueve a una de ellas, al proletariado, a la conquista del poder, para ejercer desde él una política de clase, es decir, económica, a beneficio de sus intereses, opuestos a los de la burguesía dominante. Esta realidad social y este sentido de la lucha social y económica, crean en este momento, como así ocurre constantemente en el curso de la historia, un nuevo sentido de la vida, una nueva visión de ella, y por lo mismo, un nuevo módulo de sensibilidad y emoción estéticas. De ahí el surgimiento de un arte genuina y esencialmente proletario.

Ni qué decir que este arte proletario, nacido del imperativo de la hora y de las realidades sociales de nuestra época, por su gran acopio de material humano, por el ímpetu avasallador de sus pasiones, es, formal y artísticamente, un arte incompleto, por su mismo acento apasionado, amenudo desacorde y casi siempre hiriente. El momento y la actitud histórica a que responde, combativos, tempestuosos, desbordantes, son poco aptos, es cierto, para concretarse en una expresión artística acabada y perfecta. En realidad, lo propio y genuino de él, más que la cabal plenitud estética del vehículo formal, son su característica y su tono pugnativo y militante.

Pero, frente a este arte y esta sensibilidad de clase, que se dan apasionadamente a las luchas y al imperativo de la época, se nutren de un material hondamente humano y arrancan de la misma realidad social, existe, ocupando una ancha y espaciosa área, otro módulo de sensibilidad, y por lo mismo de moral y de estética, ajeno, por completo, al imperativo económico de la lucha social, que rehuye, y al cual se obliga y sucumbe no obstante, en forma negativa, al refugiarse en la esfera irreductible del fuero individual. Sensibilidad que tiene como contenido y justificación, ética y estética, una posición irónica, de franco y declarado escepticismo, y asume, por ello, ante la realidad social avasalladora, una actitud inhibitiva, sin negarla, pero sí pretendiendo desconocerla.

Entonces, ¿cuáles serán el

contenido, la substancia y el material con que elaboran y de que se nutren este arte y esta fuente de sensibilidad asocial, sin espíritu de clase? Crean una realidad y un mundo completamente ilógicos, arbitrarios, irreales, que son en sí mismos, por su gratuidad, por su intelectualismo, por su nominalismo expreso, un elemento y un valor estéticos, es decir, artísticos. Esta sensibilidad y esta moral, irónicas porque el círculo cerrado en que se mueven les permite, justificándola, toda negación, dan y estimulan, en el campo estético, rienda suelta al ingenio, al juego ilógico de la mente, al puro creacionismo, sin aceptar, más allá de los dominios y fueros propios de la creación estética pura, material ni obligación alguna. Por esto es que su única preocupación y norma artísticas, constantes, son, más que la revelación de un fondo humano y una lucha de pasiones, la perfecta diafanidad expresiva, la claridad formal, el juego ágil de las imágenes y las más atrevidas paradojas, es decir, el puro mecanismo de formas puramente artísticas.

Es a este género y fruto de esta preocupación, a que pertenece la novela poemática de Jaime Torres Bodet. Huérfana de pasiones, cincelada a puro perfil, diáfana imaginería, hay en ella la cantidad posible de material humano, de realidad, de pasiones; es sobre todo el vacío, sin contar con previo acopio de materiales sobre los cuales construir y especular, que Jaime Torres Bodet ha escrito, con elegancia ágil y vistosa, su última obra, en la cual, aun el medio circulante de la trama poemática es de una lógica completamente ilógica, gratuita, puramente artística. Así, las imágenes, eminentemente plásticas, en arco, son creadas y fijadas por las palabras, no, a la manera recorrida del simbolismo, descritas por ellas, siendo la palabra en esta poemática, un elemento creador y sugeridor al propio tiempo. De ahí la claridad perfecta de esta prosa, tersa, precisa, de una gran plasticidad, por el uso ágil e ininterrumpido de las más atrevidas metáforas, cada una de las cuales encierra un interés estético y sugeridor plenamente logrado.

Novela sin personajes y sin argumento, despojada de todo anecdotismo, Jaime Torres Bodet ha hecho de ***Margarita de Niebla*** una filigrana bellísima, obra de consumado artífice. Si, como decíamos, las imágenes parecen descritas en arco, por su atrevida estructura y su curvatura paradógica, por lo que tienen de inesperadas, bien podría decirse de ***Margarita de Niebla*** y de su estilo, que son una teoría de arcos levantados sobre el abismo. Esta prosa, de centelleante agilidad, y la sugestividad intensa de cada imagen, hacen ostensible la maestría asombrosa a que ha llegado Jaime Torres Bodet dentro de este género poemático puro, y la ágil prestancia y facundia de su arbitrariedad creadora. Sin temas e incentivos que provoquen el interés, el interés en ***Margarita de Niebla***, se sostiene, tenso y alerta, del principio al fin, dándonos al terminarla una sensación de cosa llena y plenamente lograda, sin huecos ni vaciedades. Y, conseguir esta sensación de compacta densidad especulando sobre el vacío, es, evidentemente, una empresa difícil de llevar a buen término.

Marti Casanovas

México, Octubre de 1927

Los poemas de BLANCA MILANÉS. — ***Música Sencilla.***

Música sencilla, es decir, música del pensamiento y del corazón, de la fuente y la pradera, de la alegría y del dolor, del amor y de la esperanza Música que va impregnando nuestro ser de una serena beatitud y que ahora es ritmo y luego es ensueño, luz y plegaria.

Música de la palabra que tiene cambiantes de zafiro, irisaciones de espuma e irradiaciones de estrella.

Se adivina en esta música la presencia espiritual del alma de la autora y la del poeta bien amado y la del artista que con el pincel, supo interpretar las modulaciones misteriosas de la palabra: algo así como un trío ritual, que nos recuerda el bajorrelieve antiguo del pórtico de un templo consagrado a Palas Atenea, en donde la sacerdotisa oficia, el efebo ora y el artífice esculpe.

Música de las primeras lluvias y del brocal del pozo, donde «el sol cae verticalmente sobre el agua fresca y se goza en mirarse, extasiado, como una mujer enamorada».

Como bajo el cielo de Asís, aquí las florecillas silvestres expresan su balbuceo y conciben la esperanza de un palacio floral, «donde ellas, por humildes, serán las primeras».

Pero en medio de esta música tejida con aromas, con murmullos y matices, aparece de tarde en tarde la voz del amor... y también la voz de la desolación, que nos habla del «pozo seco que perdió su alma porque el agua es el alma de los pozos» y nos dice del amor verdadero que consiste en amar sin esperanza, y nos cuenta de ese otro amor afortunado, «que va llenando toda su vida como el chorro plateado que salta de la roca para colmar el ánfora de una campesina».

Blanca Milanés: su libro es un gracioso pomo que aprisiona con gracia y con cariño el alma, es decir, el aroma de muchas flores; aspirando ese aroma bien se puede interpretar el ritmo interior de esa «música sencilla» que brota de su corazón, como un manantial de agua pura y rumorosa.

J. J. Salas Pérez.

San José - Costa Rica.
Marzo de 1228.

El crimen de Alberto Lobo

He aquí una novela bien escrita e interesante.

El crimen de Alberto Lobo es un libro masculino: predomina en él la línea vertical fuerte y decidida. Está escrito con inteligencia y honradez, pero no con honradez adocenada—que para serlo como Dios manda se necesita sabiduría. Quien lo escribiera, es además un noble enamorado de su lengua, y así gusta verla aparecer en el escenario levantado por sus manos, moviéndose con armonía en un traje de corte sencillo y elegante.

El asunto es tomado de sucesos recientes; de hechos que ayer no más conmovieron nuestro país, y juzgados con serena ironía. El autor está muy bien enterado de los bajos fondos de dichos acontecimientos, y mueve sus figuras con los hilos justos que contrajeron o estiraron las acciones de los pobres fantoches humanos que figuraron como personajes en la tragicomedia ante la cual el tiempo acaba de bajar el telón. Nuestra pobreza espiritual, que en esa época brotara a la superficie como una erupción maligna, está admirablemente pintada en las páginas de la novela.

El capítulo II es el que a mi juicio vale más: es una galería de tipos de Costa Rica, pero que también deben abundar fuera de ella, hecha con mano maestra, en donde cada individuo es un retrato, no de una persona dada, sino de un grupo de individuos que todos conocemos. Sonio Fisgón, el señor Mormón, Florio Gracián, Cirilo Bobín. Es en este capítulo en donde el autor asoma sin esbozo su sonrisa de discípulo de Anatole France. También en el capítulo VII, página 49, hay un párrafo que recuerda mucho la técnica del gran ironista francés, en esto de vestir el Ridículo con una toga de seriedad:

«A la entrevista acudió primero el señor Valentino. Encontró a Pacomio en su despacho del Ministerio de la Guerra, ante su escritorio de caoba con talladuras preciosas, sobre el cual estaban la espada de empuñadura dorada y el quepis galoneado con los simbólicos laureles. En las paredes había colgados varios retratos de generales ticonios y un cuadro, un mal cromo que representaba la carga de los coraceros en Reichshoffen. Allí estaba con su gesto fiero el bravo general Plácido. Plácido fué Presidente de Ticonia por una componenda familiar, es decir, que recibió la presidencia a manera de herencia; de su paso por el gobierno dejó la impresión de ser un hombre sencillo, que gustaba de las alegrías populares: le encantaban el ron, la gallera y los tamales con chile. Estas aficiones que fueron calificadas de eminentemente democráticas, le valieron una enorme popularidad. La leyenda recordaba a los tico

nios las glorias del general Plácido, cuyas charreteras brillaban con la misma virginal aureola que resplandecía en la hoja toledana de su espada gloriosa que no conoció nunca la derrota ni se doblegó jamás ante el enemigo. El general Plácido jamás fué derrotado porque nunca pudo demostrar a los ojos del mundo el genio militar que lo distinguía, a causa de que nunca se le presentó una ocasión propicia. ¡Hay tántos genios ignorados! »A mí me parecía leer una página del cuento *La camisa del hombre feliz*.

El pseudónimo, Lorenzo Jiménez, bajo el cual se vela el autor es como una puntita de misterio que añade sazón a este libro, en cuyas páginas se ha complacido mi pensamiento.

Carmen Lyra

Abril de 1928.

Un sabio indio: Sir Jagadis Chandra

=De *El Mercurio*. Santiago de Chile.=

ESTÁ de nuevo allá arriba, en la meseta de limpio aire y cabales silencios, haciendo un trabajo singular, Sir Jagadis Chandra.

Vino a Europa este extraordinario hombre de color, habló en Ginebra y en París y estuvo de paso en nuestro Instituto, en el cual representa a su India desdeñada y profunda.

Yo veo todavía sus lentas manos asiáticas levantando la planta menuda en la que comprobaba el corazón y el respondedor de los nervios, ante el público mundano y escéptico, que se convencía toque a toque. No sólo una sensibilidad vaga y sorda, sino un rico sistema nervioso posee el vegetal, comenzando desde las hierbas vulgares.

El aplicaba los reactivos y veíamos a la planta responder con dulzura, con violencia, languidecer y pasar en su propio acabamiento.

Miraba yo con el más profundo respeto al hombre de la India «perezosa y confusa», que dice Massis, vindicar con ciencia, purificar con prueba, su religión veneradora del árbol en cuanto a criatura semiconsciente o consciente entera. Era un brahaman de 1927, que llegaba a Europa a establecer que el indio no habrá tenido razón en adorar al árbol, pero que la ha tenido, sobrenaturalmente, en señalarle rango de vida individual y posibilidad de conciencia, situándolo lado a lado con el animal maravilloso.

El público de París, mitad de sabios, mitad de charlatanes, a los que cualquier espectáculo llama, Josefina Barker o Bergson, había ido a verlo como a un fakir y se hallaban con un sabio ¡y qué sabio!

Trabaja con sus hierbas absortas a la mayor altura de la India, donde la atmósfera no contiene trepidaciones que puedan conmover a la planta y engañarlo con falsas vibraciones; ha buscado los mismos silencios absolutos de Buda para la oración y su trabajo, — que yo no sé si él ha puesto bajo el signo budista o brahamánico —va a corroborar en este punto a las religiones asiáticas. La fábula se ha volteado; muestra el flanco de la prueba y entra como otras entraron en el meridiano de la comprobación: la planta está hecha bajo la norma del hombre, recoge sonidos, palpa el aire con una red organizada de hilos atentos y el choque más sutil le cae lo mismo que a nosotros (como a una mujer y a un niño) sobre el corazón que es la unidad.

Años y años de este retiro de cartujo al revés, le cuesta la investigación. No se parece su aventura a la de los Pasteur, ni a la de los Berthelot, sino a la de los Jerónimos o los Mahomas del desierto, que regresan con una cosa nueva y contaron cómo la Gracia les ayudó en la soledad en cuanto lavaron su oreja de estrépito y su ojo descansó en una sola cosa.

Allá está ahora de nuevo, confortado por lo aceptado del occidente, y yo le miro la mano que levanta el tallo con una delicadeza de cortador de cristales, y el ojo asiático que mira al trasluz el inédito corazón vegetal.

Gabriela Mistral

Aignes Mortes, Setbre. de 1927.



Qué hora es...?

Muchas veces me he quejado ante usted, tan comprensivo entre los pedagogos, de que los hombres de su gremio encargados de preparar la vida futura no suelen enterarse de las cosas sino cuando son ya pasadas.

José Ortega y Gasset

La escuela y la vida

=De *La Nación*. Buenos Aires.=

RELEYENDO de cuatro en cuatro páginas, más bien por gozar de las excelencias de la frase, en autor de tan ricas prendas de claridad y elegancia, y por matar el tiempo, que con ánimo de analizar sus ideas, la obra de Otto Jespersen sobre la manera de enseñar idiomas *(Sprogundervisning)*, tropecé con dos frases, la una tan vieja que parece un lugar común muerto por su propia evidencia, y la otra igualmente cierta, pero menos traída y llevada que la primera. En la introducción a su precioso libro dice Jespersen: «La escuela debe equipar adecuadamente a la juventud para la vida, y el maestro no debe, en atención a las exigencias del examen, ponerle obstáculos a ninguna actividad que de cualquier manera realce los valores vitales». Es una antigua verdad expresada en formas no exentas de novedad y atractivo. Más adelante, citando Jespersen a Gabelentz, un autor alemán de extensa fama, por su obra sobre la *Ciencia del lenguaje (Sprachwissenschaft)*, trae las siguientes palabras: «Gentes parlanchinas y dueñas apenas de un estrecho círculo de ideas son, para el principio, los mejores maestros». Poniendo juntas estas dos citas aparece como falsa la vía que durante seis mil años está siguiendo la especie humana en la formación de la juventud. Desde luego es erróneo el principio de educar al niño para la vida. En mi concepto, la educación debe tener por objeto desenvolver hasta donde sea posible las capacidades intelectuales del alumno, no con el objeto insubsistente de hacerle un sabio, sino de dejarlo crecer armónicamente. Las nociones que se le impartan son a la inteligencia como los movimientos musculares en la calisténica son a la estructura corporal. El chico no va a ser un volatinero porque hace piruetas; ni tampoco un profesor de geografía o botánica, porque aprenda la dirección de las cordilleras o el orden y el nombre de los verticilos. En materia de disciplina mental y desarrollo corpóreo el niño ha de ser educado como la fiera educa al cachorro para la vida en los bosques. Rapidez de pensamiento para asir la presa; fuerza muscular para retenerla y devorarla, serían el objetivo natural del pedagogo y de la tigre con prole si la vida humana fuese una lucha a muerte entre los individuos de cada tribu y entre las tribus unas con otras, como lo aseguran graves filósofos desde hace muchos siglos y lo siguen creyendo las gentes que desconfían de la inteligencia humana. Pero como las gentes de poca inteligencia son muchas y esas tienen graves fundamentos para desconfiar de sus recursos mentales, la teoría de la lucha por la vida tiene numerosos prosélitos. La vida, sin embargo, no es una lucha. De ella hacen un combate a ultranza precisamente los incapaces. La competencia brutal en que ha venido a convertirse la existencia humana con el exceso de población en algunas comarcas y la injusticia de las leyes a cuya sombra crece cada día la desigualdad de las fortunas y se dificulta para el mayor número el acceso a las oportunidades naturales, la competencia brutal, repito, no procede de los grandes talentos, sino de las inteligencias adocenadas. Con razón exclama Nietzche: «¡Estos ingleses no son una raza filosófica!...: Hay verdades que son mejor entendidas por las capacidades medianas, porque éstas y aquéllas son conmensurables entre sí; hay verdades que sólo tienen fascinación y encanto para espíritus mediocres: con esta incómoda frase, sigue diciendo Zaratrusta, habrán chocado ya mis lectores, desde que la inteligencia de respetables y adocenados ingleses (me refiero a Darwin, John Stuart Mill y Her-

bert Spencer) han llegado a lograr preponderancia en la región mediana del gusto europeo». (*Allende el Bien y el Mal*, pág. 210). Es, pues, natural que la idea de la lucha por la vida haya sido formulada en cuerpo de filosofía por la inteligencia promedial de los ingleses.

Cabe aquí, antes de redondear estas observaciones, hacer notar la diferencia de posiciones, en el conflicto vital, entre la mera inteligencia y el talento: aquélla teme la competencia, el talento verdadero sabe que contra él se embotan las armas de esa forma de lucha. La competencia o concurrencia no daña al talento en ningún medio humano donde las fuerzas obren bajo la presión ordinaria de la vida; pero justamente cuando se la somete a esta presión es cuando la mera inteligencia se siente amenazada y declara que la vida es una lucha a ultranza. Las medianías son las que han hecho de la vida un combate; el talento vive y florece sin combatir, porque desenvolver el esfuerza máximo de su organismo es para él un placer. El talento que sucumbe no es vencido por la concurrencia, sino porque rehusa, en una tendencia frecuente a la autoeliminación, desarrollar el esfuerzo de que es capaz. En otras palabras, el talento sucumbe en el juego de los intereses sociales, porque se deforma o deja de existir, en tanto que la inteligencia ordinaria perece en la lucha suscitada por ella misma.

La educación entendida como el desarrollo armónico de las facultades no ha de preparar al niño para la vida tal como la vida es; debe equiparlo ricamente para vivir una vida distinta, para impulsar a la sociedad en busca de los mejores destinos del individuo y de la especie; debe hacer de él, en suma, un instrumento para transformar la vida en algo mucho mejor. Prepararlo para la vida tal como ella es, vale tanto como destinarlo al estancamiento con la sociedad de que va a formar parte. Leyendo la historia de los progresos humanos en los pocos millares de años de que tenemos testimonio escrito, es sorprendente verificar la insignificancia de los adelantos en lo moral, en lo político, en las reformas sociales comparadas con el portentoso desarrollo de la mecánica, de las ciencias físicas y naturales, a manera de ejemplo. No hemos sobrepasado a los moralistas chinos, ni a los filósofos griegos, ni a los imperialistas de Roma, pero hemos avanzado considerablemente en el conocimiento y en el uso de las fuerzas físicas desde Arquímedes y Vitrubio hasta nuestros días. Esa lentitud en el andar del verdadero progreso se explica sin dificultad haciéndonos cargo de la base que se le ha dado desde entonces a la educación de la niñez. Preparar al niño para la vida es dedicarlo al estancamiento moral. Las necesidades de la inteligencia enseñan a una con la comparación de los valores morales, que la labor del maestro es, precisamente, la contraria, quiero decir, equipar a los niños y a los jóvenes desarrollando sus facultades con igualdad y plenitud para transformar la vida en la cual van a tomar parte. Europa se compadece de China por el estancamiento a que la educación somete allí a las inteligencias en cuanto dice relación al dominio de la materia: pero Europa y todo el Occidente es un remanso en la moral y en lo político hace millares de años. Troels Lund, el filósofo danés, haciendo menudamente el balance de los progresos morales en la Europa civilizada, no deja duda a este respecto, si bien sus investigaciones se refieren apenas a un lapso de los últimos cuatro siglos.

Ni es el caso de asombrarnos, porque, según el dicho de Gabelentz, la educación de la niñez y de la juventud está mejor en manos de «parlanchines» y de «mentes estrechas» que en el de gentes acostumbradas a medir el valor de las palabras y a ensanchar por medio de la meditación y la experiencia el «círculo de las ideas» en que se apacienta su capacidad razonadora y docente. De otra parte, el mundo moderno está organizado de tal manera, que la ley de Gabelentz se cumple de un modo fatal en la escogencia de los hombres dedicados a la enseñanza. Los demás profesionales les abren campo vastísimo a los talentos impulsores. La profesión pedagógica les cierra el horizonte intelectual. Mal pagado está el maestro, lo mismo en Alemania que en Inglaterra; casi tan avaramente en la América del Norte como en la del Sur. De modo que las gentes educadas por el Estado, en las varias latitudes, para asumir el noble empleo de ayudar con su saber y con su método al desarrollo de las mentes juveniles, abandonan a poco andar esta noble tarea, si sus facultades exceden del modesto patrón instituído por Gabelentz, y se precipitan al vórtice de la vida real, en donde se requiere algo más que flujo verbal para el logro de las aspiraciones honestas y en donde el juego ordinario de los intereses legítimos agranda la esfera de las ideas.

De los hombres que hace ya «muchos años» recibieron con el autor de estas líneas el título que los declaraba idóneos para ir a educar a la juventud, la mayor parte, al cabo de pocas vueltas alrededor del sol, ingresaron a la banca, a la agricultura, al comercio; se dieron a la carrera de las armas; tomaron la pluma del periodista, profesiones todas en que no iban a vivir la vida ordinaria sino a impulsarla, en cuanto fuera posible, por nuevas sendas o a hacerla más interesante acelerando su ritmo. Los que creían en la antigua fórmula de que educar es «preparar para la vida» se quedaron «ejerciendo su fatua elocuencia» en el «empeño de no ensanchar sus nociones ni modificar sus ideas».

B. Sanín Cano

Bogotá, enero de 1928.

Ensayo

Hablo de los seres que nos quita la misma vida. Hablo de la muerte que nos sorprende siempre.

Decía Stendhal, que «el amor es el triunfo de la civilización»; la muerte su fracaso, y vamos por la vida con esperanzas para una eternidad, poca cuenta llevamos del seguro fin.

La muerte es un esqueleto que hemos vestido de negro, la muerte se nos presenta obscura, es negro que llora... es un quejarse, es un pedir a lo desconocido sin respuesta, es un dolor forzado a resignación.

Montaigne aconseja recordar la muerte siempre, recordarla aún en las alegrías, habituarse a ella; bien difícil es seguir lo que indica el viejo maestro porque la muerte no cabe con la vida, y nos hemos habituado a la muerte en una forma tan trágica que en vez de vencerla con el frecuente trato moral, empañaría nuestra vida causándonos con su llegada la misma dolorosa sorpresa; porque la muerte trae consigo un dolor que repulsa todo razonamiento; son los hilos cortados que sin darnos cuenta mantenemos con los seres que amamos, son hilos que se arrancan y que tenían sus raíces en lo más profundo de nuestro ser.

...Y es la misma vida, es la misma aurora la que nos trae esa vieja enlutada de guadaña, que nos maltrata de manera irreparable y que nos lleva a encontrar resignación en el mismo dolor.

Las religiones ofrecen gran consuelo, promesa al menos para cuando alcancemos la suerte de los que nos precedieron en la partida, mas nada repone sobre la tierra nuestras conexiones con los seres queridos; es la palabra bondadosa, es la acogida que sonríe, es el sentimiento de confianza que lleva, que consigo lleva quien nos ha abandonado; y digamos en la vida que la muerte es cruel, que nos arranca fría, impasible, diríase que inconsciente, a los seres que por este paso vamos ligados, mas recordemos, y sea ello lenitivo, las palabras de Francisco de Asís que con la hermana agua y con la hermana luz dice al Creador: «Y tú, señor, bendito seas por nuestra hermana la muerte corporal a la cual nadie puede escapar...»

Max Jiménez

Coronado 3.28.

La Doctrina Monroe y el Movimiento obrero

Por
Vicente Lombardo Toledano
Prof. de Filosofía en la Universidad Nacional de México

Advertencia.—*La Federación de Sindicatos Obreros del Distrito Federal, miembro de la C.R.O.M., acordó realizar un ciclo de cuatro conferencias en el teatro Esperanza Iris de esta capital, para ilustrar a la clase obrera respecto del conflicto internacional surgido entre México y los Estados Unidos de Norteamérica, con motivo de la aplicación de la Ley del Petróleo decretada por el Congreso de la Unión de nuestra República.*

El Consejo de la Federación de Sindicatos me señaló el segundo turno en el ciclo de las conferencias y el tema que debía desarrollar: La Doctrina Monroe y el Movimiento obrero. *El domingo 30 de enero del presente año sustenté la conferencia.*

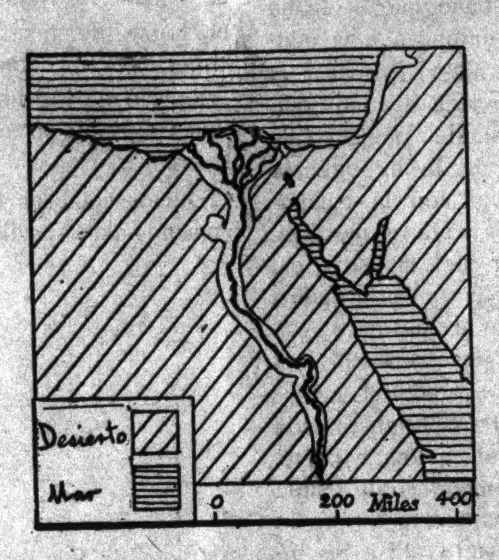
Creí que sería de más interés para la clase obrera explicar la evolución y el estado actual del Imperialismo en el mundo, que exponer la Doctrina Monroe aislada de los factores económicos mundiales. Con tal motivo, siendo el tema de mi discurso, fundamentalmente, una explicación del dinamismo con que se desarrolla la Historia en el medio geográfico, es decir, una conferencia de vulgarización acerca de la evolución económica general, me serví, como guías, de los autores que, a mi juicio, han tratado este asunto con mayor claridad y precisión. Utilicé, por tanto, el magnífico bosquejo de Geografía económica, Número 4 de los Pleb's Texbook: An Outline of Economic Geography. (National Council of Labour Colleges.—London, *nov. 1924. 2a. edición). Respecto a los comentaristas de la Doctrina Monroe preferí citar exclusivamente autores norteamericanos para evitar cualquier suspicacia o prejuicio del público en cuanto a la serenidad con que los escritores latino-americanos o europeos han juzgado dicha Doctrina.*

Por un verdadero incidente, los taquígrafos no pudieron tomar mi conferencia, y como el propósito de la Federación de Sindicatos Obreros del Distrito Federal fué el de dar a conocer lo más ampliamente posible las pláticas, se me ha encomendado redactar un resumen de la mía. En virtud de ese acuerdo se publica este pequeño libro en el que he querido incluir, ciñéndome más estrictamente a la obra de la Pleb's League *de lo que lo hice en mi conferencia, y olvidando a mis otros guías para facilitar el trabajo, algunos de los magníficos mapas de los que ilustran el libro inglés, para la mejor comprensión de la evolución económica del mundo.*

Reproduzco asimismo, en lugar de la referencia verbal que hice en mi discurso de la opinión de los autores norteamericanos elegidos, las partes de sus obras que resumen su juicio respecto de la Doctrina Monroe.

Finalmente he creído de interés también publicar los párrafos esenciales de la Parte XIII del Tratado de Paz de Versalles, para que sea conocido textualmente el comienzo de la nueva etapa de las relaciones internacionales basada en la justicia social.

VICENTE LOMBARDO TOLEDANO
México, marzo de 1927.



El Valle del Nilo

I. La filosofía social actual

A. Su origen.

1.—El origen de la filosofía social actual, arranca de la reivindicación que hizo Karl Marx al pensamiento de su época, en pro del factor económico como fundamento de los hechos sociales. De acuerdo con esta tesis, la evolución social, política e intelectual, depende del cambio de las relaciones económicas, de las fuerzas de la producción material y del modo de esta producción. Por esta causa se ha llamado a la teoría de Marx, la "concepción materialista de la Historia».

B. Valor del Materialismo histórico

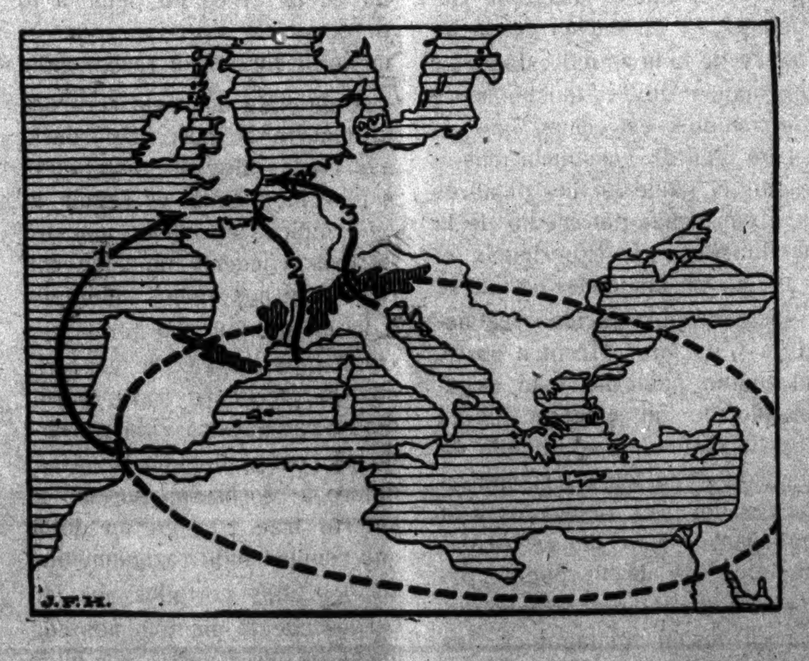
2.—El Materialismo histórico es cierto, aunque no de un modo absoluto: hay junto a las fuerzas de la producción material, junto a los factores físicos del mundo y junto al hombre considerado como simple ser biológico, factores de orden moral que influyen en los económicos, así como éstos influyen en las corrientes espirituales y morales. Pero lo que Marx enseñó y no podrá negar ya la ciencia, es que resulta falso e inútil estudiar un hecho social cualquiera sin buscar su causa económica, del mismo modo que es vano todo esfuerzo por explicar un acontecimiento histórico desligado del medio geográfico en que se desarrolla, o aislado de los acontecimientos de la misma época en otras partes del mundo.

3.—Por esto, cuando se estudia el estado actual de las relaciones internacionales, relaciones que son el resultado de toda la Historia, debe recordarse el proceso de los hechos económicos, de los factores geográficos, de los esfuerzos realizados por el hombre para utilizar el mundo, anteriores al momento en que vivimos.

II. El medio físico está en relación con los conocimientos del hombre

4.—El factor geográfico es un obstáculo o una ayuda para el hombre, según éste lo pueda dominar o no. Por tanto, el factor geográfico sólo debe considerarse en relación con la eficacia de la Historia, es decir, con relación al continuo desarrollo de los conocimientos técnicos del hombre.

5.—Así, por ejemplo, cuando el hombre vivía de la caza, cuando era nómade, el medio era, hasta cierto punto, un problema de escasa importancia: el mundo era todo suyo. Pero la época del hombre cazador a nadie interesa porque la civili-



Inglaterra en relación con el mundo mediterráneo. Las flechas indican 1): la vía marítima que siguieron los fenicios para llegar al noroeste de Europa; 2): la ruta a través del paso del Ródano por donde llegaron los romanos: 3): la ruta del Valle del Rhin, la gran ruta terrestre de la Edad Media.

zación comienza cuando el hombre se establece en un lugar, cuando empieza a explotar la tierra y a hacerla producir.

6.—El hombre agricultor necesitó que la tierra tuviera dos condiciones: que fuera relativamente fértil y que estuviera protegida para impedir el acceso fácil de los enemigos.

7.—Estas condiciones de la tierra, indispensables en aquella época en que el hombre apenas conocía los utensilios más rudimentarios y casi desconocía el vestido y la habitación artificial, sólo pudo hallarlas en las zonas templadas.

8.—Por esta causa, la Historia del mundo es, principalmente, la historia de las regiones templadas que se encuentran poco más o menos, entre los 30° y 60° de latitud. El trópico enerva el esfuerzo, impide que el hombre se convierta en productor. Así se comprenderá por qué el europeo, preferentemente a otros hombres, fué estimulado eficazmente por el clima.

III. El principio de la civilización

Los Valles

9.—Los valles, especialmente los valles formados por los grandes ríos, fértiles y protegidos, fueron la cuna de la civilización: el *Valle del Nilo* (Egipto); el *Valle del Tigris y del Eufrates* (Messopotamia); el del *Indo y el Ganges* (India), y el del *Hwant-Ho* (China).

10.—Todos ellos tuvieron condiciones de fertilidad y protección, y los caracteres geográficos de cada uno, originaron sus diferencias en la historia de sus respectivos pueblos.

a) *Egipto*: una vez conquistado el valle, sus barreras (mar y desierto) le impidieron para siempre, vivir y desarrollarse.

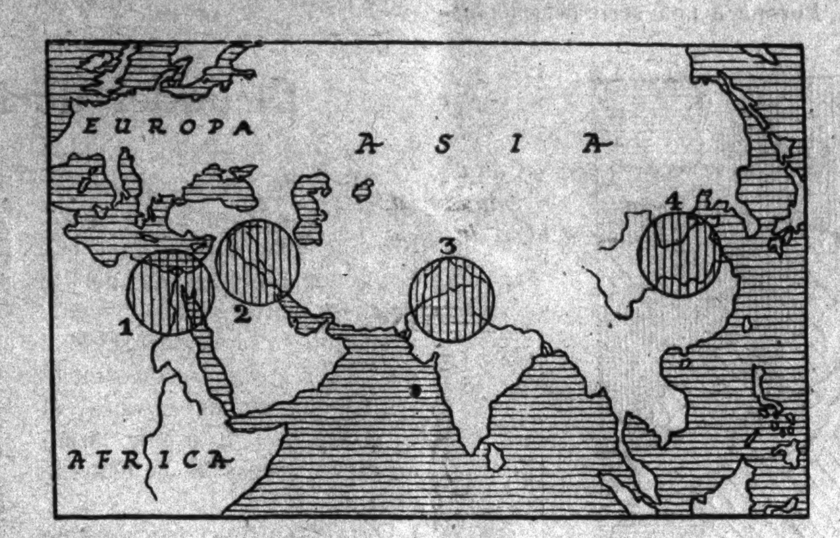
b) *Mesopotamia:* el *cerco* que la rodeaba estaba agujerado por varias partes y tenía, fuera de él, tierras habitables, que llamaban al hombre. La invadieron. (Por eso los asirios y babilonios superaron a los egipcios).

11.—Los efectos sociales de la irrigación son muy conocidos: mancomuna a los hombres en la producción y establece entre ellos lazos espirituales sólidos.

a) El Egipto se hizo con el trabajo. El hombre domeñó el medio y de ahí surgió la primera gran cultura histórica.

b) Lo mismo en las otras regiones señaladas: el hombre se dedicó a desecar pantanos o a controlar los ríos.

12.—Por eso ha sido considerado el río como el primer factor unificador: comunica a los hombres y los obliga a trabajar en común; («caminos secos» llaman los chinos a los caminos, queriendo significar que la ruta por excelencia es la fluvial).



Los cuatro valles de ríos «cunas» de la civilización: 1), El Nilo. 2), el Tigris y Eufrates. 3), el Indo y Ganges y 4) el Hwant-ho.

IV. Los mares interiores

A. El Mediterráneo

13.—Cuando se pudo navegar en el mar, la civilización se extendió, y se extendió en donde tuvo mayores facilidades para ello: *los mares interiores protegidos* (el Mediterráneo) fueron más fáciles de navegar que los océanos. (Los chinos, cuyos ríos desembocan al océano, no se hicieron marinos.—El paso del río al mar abierto era difícil). Por eso el Mediterráneo dió origen a las civilizaciones europeas primitivas, todas ellas marítimas, basadas en el control del mar: *Griegos, fenicios, semitas.*

14.—*El mar una vez conquistado, se había convertido en una unión, ya no era una barrera.* Los pueblos mediterráneos fueron una unidad geográfica (por el mar) y hasta cierto punto, una unidad económica, por los comerciantes fenicios.

15.—*El hierro.*—Probablemente después del año 1000 antes de Cristo se conoció el uso del hierro. Talvez los bárbaros del Danubio lo llevaron al Mediterráneo. Los griegos fueron la primera civilización basada en el hierro.

16.—Alejandro hizo una unificación después. Por primera vez la capital de Egipto se situó a orillas del mar. A la muerte de Alejandro la unificación subsistió por la civilización griega ya adoptada.

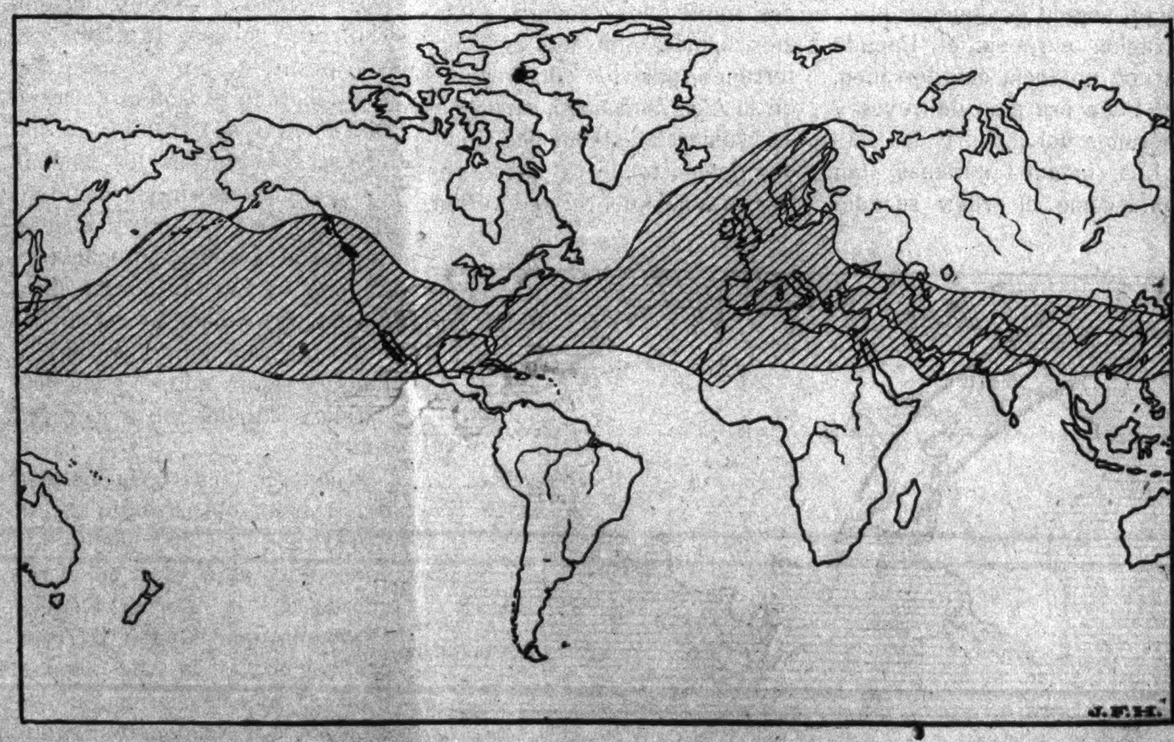
17.—*Roma.* Situada (la península itálica) a la mitad del Mediterráneo. Primero controló el occidente: Cartago; después llevó su penetración al Norte, luego al Este y al Noroeste (Inglaterra). *El Imperio romano tuvo por corazón un mar interior.* Desde entonces la civilización europea se colocó a la cabeza del mundo.

18.—La civilización se centralizó primero en la zona templada (Mediterráneo); después en el Noroeste de Europa (clima regular); después en las regiones más frías.

19.—*Las comunicaciones terrestres* (caminos) y los acueductos de los romanos, fueron un factor eficaz en el poderío del Imperio.

20.—Invasiones.—La frontera norte romana no correspondía a una barrera natural y era demasiado larga para fortificarse: Fué invadida por los *Galos, Godos, Germanos, Vándalos y Hunos, y el Imperio se dividió en dos mitades, las dos mitades del Mediterráneo.*

21.—*El Imperio Occidental* se centralizó en Roma; *el Imperio Oriental* en Bizancio (Constantinopla), la ciudad de Constan-



La temperatura de la zona norte. La parte rayada indica el área al norte del Ecuador, que tiene una temperatura en enero, entre los 32 y 70 grados. (Termómetro Farenheit).

tino, el Emperador que trasladó su trono a ese lugar.

22.—La iglesia llevó la civilización a los pueblos bárbaros *(feudalismo)*. El feudalismo fué la consecuencia de las condiciones políticas, económicas y geo-



El Valle del Tigris-Eufrates. Las flechas indican la dirección en que, en diferentes períodos, fueron invadidas las tierras del valle.

gráficas. Durante esos siglos de adaptación, se fueron formando gradualmente los Estados en la Europa central y occidental.

23.—Mientras tanto una nueva invasión, del sureste, llegó: los árabes, los sarracenos (como se les llamaba entonces), antiguos nómades. Entró por Africa en España y era, en muchos puntos, más civilizada que los cristianos. *El Mediterráneo ya no era una unión, sino un foso entre potencias rivales: los cristianos y los del Islam.*

24.—Sin embargo, el Mediterráneo seguía dominando la civilización europea: el Papado era una potencia mediterránea, y el Papa era amo de reyes y soberanos del norte y del oeste. Las ciudades italianas, tan pronto como el orden sucedió al caos, eran los centros comerciales de Europa: Venecia y Génova. Pero los musulmanes controlaron los *pasos* al Oriente, como los fenicios de antaño.

25.—El Papa convocó a toda Europa a una serie de guerras mediterráneas, guerras «santas», *«cruzadas» para redimir los Santos Lugares... y las llaves del comercio oriental, en poder de los infieles.*—Venecia y Génova aprovecharon.

B. Una segunda área del mar interno

26.—Desde Venecia los pasos de los Alpes guiaban al valle del Rhin, la «calle principal del Noroeste de Europa», y, por consiguiente, a la costa del Mar del Norte.—El Mar del Norte y el Báltico estuvieron entonces «unificados», como los fenicios habían unificado el Mediterráneo, por los comerciantes de la *Liga hansiática*, cuyas bases comerciales eran las ciudades del norte de Alemania, en la «terminal» del curso del Rhin. Relacionaron los puertos-ciudades de los mares del Norte y Báltico, con los del interior por los ríos Elba y Vístula.

27.—*El Báltico se convirtió en el Mediterráneo del Norte.* El comercio buscaba nuevos horizontes; las «cruzadas» habían sido los primeros pasos dados para el descubrimiento de nuevos mundos: Oriente y Occidente.



El cinturón diagonal de los mares interiores dividiendo las dos grandes masas de tierra del Viejo Mundo.

El poder de la expresión

Vemos en la Apología platónica que los acusadores de Sócrates se curaron en salud, previniéndole a sus jueces que no se dejasen desviar por la palabra artificiosa del filósofo, y que fue su supuesta habilidad de "hacer aparecer como mejores las más malas razones" el cargo de que en primer término creyó necesario defenderse Sócrates.

De antaño es conocido que el poder de expresión es la más dinámica de las facultades humanas, y viejo es el reparo que se formula contra la democracia por la tiranía que en ella ejercen los tribunos. Es la belleza singular de las imágenes verbales lo que en la poesía ante todo nos deleita, y la oratoria nos subyuga por la intensidad con que le da forma al pensamiento.

Pero ¿cuál es el valor de posteridad del tipo intelectual que pudiéramos llamar expresivo, considerando como tal al que no produce sino pone en movimiento las ideas? Wells plantea el problema a propósito del Profesor Pavloff y Bernard Shaw, ejemplar magnífico el primero del hombre de ciencia, y el segundo espécimen insuperable del hombre de expresión; y a pesar de que la obra del biólogo ruso es sólida como un monumento de granito, y que el escritor irlandés es apenas un órgano sonoro sin mentalidad original, Wells concluye melancólicamente que mientras el nombre Pavloff, por la naturaleza impersonal de sus investigaciones, no tendrá en breve ningún significado, el Futuro olvidará difícilmente a Bernard Shaw.

¿Bastará, empero, la belleza del ropaje, el prestigio de la forma con que se vistan los conceptos, para vivir en el recuerdo de la gloria? Refiere Cormenin que cuando Berryer pronunciaba en la Alta Cámara francesa una de sus magníficas arengas, sus compañeros, cautivados, le prodigaban ovaciones a reserva de votar luego contra las tesis del orador legitimista. Fuegos fatuos eran los destellos de su verbo, vanamente uncido a la tarea de resucitar las muertas concepciones del pasado, y como fuego fatuo habrá de desvanecerse su renombre, porque su elocuencia caudalosa sólo acarreaba cadáveres de ideas.

Ningún escritor ha prodigado tal vez las excelencias del discurso con la pletórica abundancia de Federico Nietzsche. Del *Nacimiento de la Tragedia* hasta la *Genealogía de la Moral*, pasando por el vertiginoso decir de *Zaratustra*, sus libros son poemas de un lirismo inflamado, en que las metáforas galopan como ágiles centauros. El sortilegio de su prosa se apodera de nosotros, y nos transporta por caminos encantados al reino de las paradojas, cuya ley de gravedad es el absurdo. Pero pasa el sueño de opio, y la razón derrumba una a una las quiméricas construcciones de aquel poeta débil y enfermizo, que vivió en perpetua adoración de la fuerza que a él le fue negada y que se vengó del desdén de sus contemporáneos magnificando su propia personalidad en los trazos heroicos del súper-hombre. Se lee, en cambio, al seráfico Spinoza; se penetra, como en una capilla del pensamiento filosófico, en su *Progreso del Intelecto*, o se discurre, como por entre las naves de una catedral gótica, en las serenas avenidas de su *Etica*, y sentimos que se opera en nuestro espíritu la milagrosa unción de la sabiduría. Las que sobre nosotros descienden son lenguas de fuego que no deslumbran por la vivacidad o el colorido de sus flamas, pero que nos dejan su luz prendida para siempre en la conciencia.

Luego no es el poder de expresión por sí solo el que otorga carta de eternidad a las producciones de los hombres. Es la médula del discurso, la idea que se encarna en las palabras, el alma del mensaje. Porque su genio fue vasallo de las preo-

cupaciones frívolas del sexo, no sabrá el porvenir de Anatole France sino a través de las antologías que coleccionan, las gemas del estilo, en tanto que la obra de Voltaire será venero donde las generaciones venideras irán a saciar, como las de ahora, su sed inextinguible de libertad y de justicia.

Ornada por el arte es como la verdad más trascendentemente conquista a los hombres, porque sólo por las puertas de la emoción se llega a lo hondo del entendimiento. Verdad que nos deja fríos, que no nos inflama el ánimo, poco vale en nuestra vida. No basta comprender la verdad, hay que sentirla para que se convierta en estímulo. De ahí que Croce pida que las obras científicas sean también obras de arte, y que los franceses, a quienes Grecia legó la fórmula suprema del ritmo y la medida en el ordenamiento de los valores espirituales, modelen siempre bellamente las producciones de su ciencia. Una página de Buffon o de Taine, de Renan, de Henri Poincaré o de Bergson, se distingue tanto por la diáfana elegancia del estilo como por la profundidad del pensamiento.

Aun la poesía, cuya finalidad no parece ser otra que crear estados de emoción, está sujeta a ese indeclinable imperativo, y perduran no más aquellos versos que, armoniosamente expresan altos anhelos o ternuras exquisitas. Poesía que es apenas música para regalo del oído, o que se inspira en fútiles pasiones o engañosos embelecos, es como el canto del áve que fugazmente distrae la fatiga de un camino; porque la Belleza y la Verdad son una realidad misma en los planos superiores del Arte.

No, la fuerza de expresión no basta; y sólo hacen labor que no perece los que, como un Caso o un Vasconcelos, se consagran a decir bellamente nobles verdades.

Ernesto Martín

Comité pro-Sandino en Costa Rica. — Suma recogida .... ₡ 611

Nuevas adhesiones:

Marta Sancho	1
Frac. Amighetti.........	4
Nicolás Cárdenas........	10
Sr. Jara (Atenas)......	5
Froylán Bolaños (Atenas)	10
Sr. Montero Berry......	2
V. M. P................	10
Víctor Cordero.........	2
Total.........	₡ 655

Referencia.—Dice Leopardi en sus *Pensamientos*, de contenido invulnerable y de contextura eterna, que es propio de los jóvenes hablar de sí mismos y agrega que esa propensión es índice no solamente de candidez sino también de carácter bondadoso. En los jóvenes la tendencia a hablar de sí mismos es soportada con ademanes de indulgencia por la gente crecida; mas pasando a la edad madura ya le está vedado al individuo afirmar indiscretamente su existencia hablando en primera persona. — Cita de ***B. Sanín Cano.***

Etimología.—Respeto y respetable son palabras que significan la mirada, la atención que se pone en presencia de un sujeto digno de eso; de suerte que el que no infunde miedo ni causa contemplación por falta de luz y de energía, a ése no se le mira, que es lo que quieren decir admiración o respeto. —Cita de ***Marco Fidel Suárez.***

Asterisco.—Un gran contingente de analfabetos representa, no sólo una disminución equivalente de lectores posibles, sino un hecho de mayor alcance que la cifra aritmética: escaso interés por la cultura, y, por consiguiente, por la lectura. La crisis del libro empieza en la escuela: una enseñanza atrasada y deficiente no puede fabricar grandes hornadas de lectores. —***Andrenio.***

Tablero

=1928=

Referencia. — Uno de los hombres más sabios que ha habido en Israel, el gran Maimónides, compuso una obra famosa, resumen de toda esencial sabiduría, que tituló *Guía de los perplejos*.—Cita de ***José Ortega y Gasset.***

Señas de escritores:

René Lufriú: Avenida de La República, 210. La Habana. Cuba.

Salomón Wapnir: Ingeniero Luiggi. F. C. O. Rep. Argentina.

Tristán Maroff: Campanario 66. Hotel Venecia. Habana. Cuba.

V. Geigel-Polanco: E. Cerra N.º 5. Santurce. Puerto Rico.

De Lorenzo Jiménez, con amable dedicatoria, hemos recibido *El crimen de Alberto Lobo*. Novela. San José de Costa Rica. Editorial Trejos Hnos. 1927.

¿Quién es Lorenzo Jiménez?... ¿Cuántos se han fijado en *El crimen de Alberto Lobo?* ¿Cuántos lo han leído?

Porque se trata de un libro interesante. La aventura presidencial de don Alfredo González, la traición de los Tinocos y los amores de uno de ellos son los episodios con que el libro está construído.

Bien informado el autor. Gracia en el novelista, buen humor, entereza en los juicios, trazo firme, definidos los perfiles, cierta gracia en la invención de los nombres propios, redacción fluida y sobria. Sabroso el librito. Nuestra Carmen Lyra en esta entrega se ocupa de *El crimen de Alberto Lobo.*

¿Qué nos presagia esta novela? Inquieta pensar la hora en que sale.

¿Por qué?...

José María Zeledón (Billo) acaba de publicar *Alma infantil*. Versos para niños. Imp-Lehmann. San José Costa Rica. 1928.

El Prólogo y el Epílogo queremos que los conozca por el momento el curioso lector.

Prólogo

Contando cuentos a los niños—siente mi espíritu un placer—que no cambiara por ninguno—y es superior a todo bien. Como viandante fatigado—que en un dorado atardecer—da con la fronda bienhechora—bajo cuyo íntimo dosel—la chamarasca forma un lecho—donde el reposo dice ¡ven!,—el alma errante del poeta—que ha recorrido sin parar—todos los campos de la vida—donde combaten Bien y Mal—en la dulzura se recuesta—de la infantil curiosidad—que abre al ensueño rumbos nuevos — libres de todo impuro afán.

Porque en los niños vibra y late—el corazón del porvenir—que es fuente viva de frescuras—cuya agua diáfana y sutil—lava de todo bajo instinto—y hace la vida más feliz.

Zurciendo historias y canciones—para solaz de la niñez—mi pensamiento vigoriza — sus nobles fuerzas para el Bien—y cauteriza las heridas—que el desengaño dejó en él—cuando entre foscas hondonadas—quiso a los hombres atraer—hacia la senda que trajinan — el Entusiasmo y el Deber.

Aquí el sentido de este libro—que ojos profanos no han de leer — ojos que ven, pero no miran—la majestad de la niñez. —Libro de ingenuas narraciones—que es como a modo de un vergel—de nuestros predios campesinos—donde sin método talvez,—exuberantes y salvajes—nos dan su olor rosa y clavel.

Quieran los niños de mi patria para los cuales lo escribí, ver en sus páginas estados de su sincera alma infantil.

Epílogo

en que el autor justifica la aparición de este libro y el gasto hecho por el Gobierno para su edición.

Señores Profesores
Don Joaquín García Monge y
Don Omar Dengo.

Estimados amigos:

Tengo escrito un libro de versos para niños, y la Secretaría de Educación—por empeño de algunos excelentes amigos—ha ofrecido facilitar su edición.

Pero yo, que soy hombre de escrúpulos, y que en tratándose de lectura para *gente grande* no he vacilado en publicar cuanto se me vino a la cabeza, tiemblo al pensar que pudiera no ser del todo apropiado esto que deseo poner en manos de los niños A Uds., educadores, no he de explicarles la razón de mi escrúpulo; pero es a Uds. precisamente a quienes exijo en nombre de su apostolado, que me digan si mi librejo tiene el valor educativo que quise darle y si se puede poner sin vacilaciones al alcance de las inteligencias infantiles.

Sólo una respuesta afirmativa de Uds. justificaría la publicación de la obra *y explicaría satisfactoriamente el apoyo oficial que recibiera.*

Espero que no se negarán a darme su opinión con la honradez profesional que todos en el país les reconocemos; cualquiera que ella sea, tiene por adelantado mi más sincero reconocimiento.

De Uds. estimador y amigo,

José María Zeledón

5 de Diciembre de 1927.

Sr. don José María Zeledón.
Pte.

Mi querido Billo:

Le doy las gracias por la ocasión que me ha dado de leer, y, en parte, releer su librito dedicado a los niños. No veo qué escrúpulos pueda tener usted al colocarlo en manos de ellos. Credenciales de abuelo, de hombre sincero, de buen amigo y servidor del país tiene usted para presentarse ante los niños. Usted en todo tiempo ha sido amigo de los maestros y de las escuelas. Los rectos ideales lo han inspirado siempre y son ésos los que trata de infundir a los niños. Y por el medio más duradero: la música del verso. Con música se teje en los corazones infantiles altos ideales para la vida. Usted en su librito mueve varios resortes: himnos escolares, esto es, compromisos, juramentos con la Patria y con la Escuela; buenos ejemplos de hombres que a ambas han honrado; piedad para los animales; ansias de mejoramiento. Gusta usted de exaltar los hechos y posee el don del elogio, que lo es de generosidad. Espero que los sueños de los niños se mezan en los versos de su libro. Alguien dirá que no siempre están al alcance de los chiquitos. Pero eso no importa. El material literario emulsionado, es decir, compuesto para que se le asimile en una época determinada, es material que, por lo mismo, no dura, no sustenta de modo perdurable. El buen libro para los niños, el constructivo, es aquel que con los años se relee y siempre interesa y sigue trabajando en el espíritu. De esta clase de libros sería el suyo, con lo que creo hacerle el mayor elogio.

Téngame por siempre su afectísimo,

J. García Monge.

Diciembre de 1927.

Señor don José María Zeledón,
S. M.

«Con el intelecto se comprende la Naturaleza; pero el sentimiento artístico es lo único que consigue transformarla en experiencia viva».—R. S.

De manos de Carmen Lyra recibí, estimado Billo, y en días de Navidad, su carta y sus versos.

Fuera de un deseo de darme placer, muy propio de la generosidad de usted, no encuentro motivo para ser honrado con el privilegio de dar una opinión cual la que usted solicita. Por sobre los pareceres de educador, serios o pedantes, — que raras veces, por lo demás, llegarían en este campo a la altura de la intuición de un Schiller —están muchas razones profundas: la inspiración que lo llevó a usted a pensar en los niños, a sentir para ellos; la alegría con que muchos niños han recitado o cantado sus versos; y la libertad con que renunciarán a aprenderlos cuando no les gusten.

Tengo un niño en las aulas escolares y para mí será regocijo verle en las manos el libro de usted.

Lo saluda afectuosamente su agradecido servidor y amigo,

Omar Dengo.

Sean estas bellas cartas escritas por dos de los más eminentes cultores intelectuales del país, una segura garantía para los niños. Sea también para ellos una nueva lección el propósito del autor al solicitarlas: el tesoro de la comunidad es cosa sagrada y de él sólo puede usarse legítimamente para obras de positivo interés público. Además, un hombre que lo sea de verdad, no debe pedir ni admitir otros auxilios que aquellos que le sean absolutamente indispensables para un noble empeño, y sólo *cuando sus propios recursos sean insuficientes.*

Billo.

Enero de 1928.

Un libro curioso, picaresco, fino, original, que de su autor hemos recibido:

Vizconde de Lazcano Tegui: *De la elegancia mientras se duerme.* Grabados en madera de Raúl Monsegur. Editorial Excelsior. París.

Búsquelo, lector amigo, y comprobará nuestro juicio breve.

Disponemos de algunos ejemplares. A 3.50 cada uno.

La Junta «Monumento a Udón Pérez», en Maracaibo, Venezuela, ha comenzado a publicar las obras inéditas de Udón Pérez, poeta venezolano de muchos méritos.

Hemos recibido ya la primera:

Láurea. Cantos patrióticos.—Maracaibo. Empresa Panorama. 1927.

¡Aplausos a la empresa generosa!

Cuatro obras de C. Sabat Ercasty, el gran poeta uruguayo:

Poemas del Hombre. Montevideo, 1921.

Poemas del Hombre. Libro del mar. Montevideo, 1922.

Vidas. (Poemas). Montevideo. 1923.

El vuelo de la noche. (Poemas). Xilografías de F. Lanau). Montevideo. 1928.

Alistamos para el *Repertorio* una estupenda página lírica de Sabat Ercasty.

Correspondencia

Rectificación

Lima, 7 de Abril de 1928.

Amigo García Monge:

Ruego a usted permitirme hacer saber, desde las páginas del *Repertorio*, que tanto el calificativo contra Sandino como la opinión equívoca respecto al caso de Nicaragua, que me atribuyeron no hace mucho algunos diarios de Cuba y que comentan ahora algunos diarios de Colombia, nunca han sido emitidos por mí. Me interesa esta rectificación sólo por los nicaragüenses, amigos míos, que se pudieran sentir lastimados con las expresiones que se me atribuyen.

Quienquiera puede conocer mi criterio sobre las relaciones entre la América sajona y la Latina, leyendo mi poema *La Epopeya del Pacífico*, que compuse y publiqué muchos años antes de que se abriese el Canal de Panamá y hubo de despertar en Manuel Ugarte, según me dijo él, las primeras emociones que le sugirieron para después el apostolado en que él sabe muy bien cuál fuera mi actitud en Guatemala. Quienquiera puede también conocer tal criterio mío, leyendo mi poema *¡Self-Help!*, que compuse y publiqué, cabalmente, en Nicaragua, a principios de 1905, en respuesta a la *Oda a Roosevelt* de Rubén y hubo de inspirar a Rufino Blanco Fombona y a Froylán Turcios entusiastas artículos, con contener la propia ideología que hoy tengo resumida en el dilema biológico de «Organizarse o desaparecer». No está demás tampoco, al respecto, la lectura de mi poema *América loca*, sobre la psicosis de nuestros pueblos.

Desde hace casi treinta años, tengo, así, formado el criterio que cada vez más los hombres y las cosas de América afirman en mí.

Es pueril desmentir la especie—recogida en *La Prensa* de Barranquilla — de que voy a publicar un libro, *El Vuelo de las Aguilas*, en favor del imperialismo yanqui: publicaríalo, más bien, en contra de la casi totalidad de los políticos profesionales de nuestra America...

Gracias por la rectificación, que me impone la lealtad a que estoy obligado para con Nicaragua.

Suyo. Afmo.,

José Santos Chocano

Carta abierta a Gabriela Mistral

En *La Mañana* del 8 de marzo, aparece una carta suya dirigida a un pretendido escritor uruguayo, por un libro recientemente publicado. Lamento que en éste haya basado Ud. su juicio creyéndose objeto de ataques que no merece como poetisa ni como mujer. ¿Ha pesado serenamente el valor de ese libro? ¿Ha pasado por alto la forma desleal de su autor interesado en escamotearme las mejores ideas como diría Mme. de Stael?

Es imposible consentir que estos monos, atrevidamente cubiertos con máscaras heroicas,

renueven la hazaña del asno de Cime que, vestido con piel de león aterraba con espantosos rugidos a los ignorantes cimeos, hasta que un forastero inteligente en asnos y leones descubrió la mentira a garrotazos.

La crítica como ningún otro género exige profunda meditación si ha de ser cosa útil y duradera. El único deber del crítico es escribir con veracidad los hechos, a ello debe posponerse todo y única medida exacta es no mirar sólo a los que actualmente nos escuchan sino a los que en lo sucesivo, leerán nuestras obras. Es preferible diciendo la verdad, ganar el aprecio de los tiempos futuros, a obtener el aplauso de los contemporáneos con los atractivos de la adulación.

Usted ha sido doblemente sorprendida y, en verdad lamento su apresurado juicio, juicio sin documentación completa de los hechos y sin antecedentes de las personas que han terciado en este pintoresco proceso. La lealtad que le debo me obliga a aclarar varios puntos.

1.—Mis artículos fueron dos y usted ha leído sólo uno. Al adjuntarle el segundo, aparecido en *El Imparcial* de Montevideo, pongo en sus manos el material completo.

2.—El mismo diario se negó a publicar el tercer artículo de mi contendor, por considerarlo altamente injurioso y sin ningún valor literario.

3.—Ese libro es una tentativa de las tantas para introducir lamentable confusión en quienes no están interiorizados del asunto. Es el viejo clisé de los Melitos en tiempo de Sócrates, de los sofistas de que habla Luciano que, para triunfar en su época necesitaban de mucha ignorancia y, además mucho aplomo, mucho atrevimiento y mucha desfachatez. Es la vieja modalidad siempre nueva de los enemigos de Voltaire, empeñados en desprestigiarle haciendo publicaciones que no había hecho y endosándole malévolamente frases deformadas al paladar y gusto de sus detractores.

Bien sé que estas posturas tienen poca vida, poco interés aún para el público. El olvido es el fin lógico que les espera. ¿Quién recuerda ahora las querellas de Bouhours y Ménage? Y si Racine no hubiera escrito sus tragedias, ¿se sabría que él escribió contra Port-Royal? Casi todo lo que es personal se pierde para el resto de los hombres. ¿Quién tendrá en cuenta dentro de un tiempo más el lamentable libro que acaba de amargarle, si su autor no es capaz de singularizarse en alguna obra de valer?

No pertenezco por fortuna a la familia de los Frerones y de los Brousson. Mi vida tiene una finalidad más alta y una aspiración más noble. Desde hace diez años estoy escribiendo en el silencio una historia completa de la gran guerra, que me he decidido ahora a publicar por partes. El tomo que aparecerá este año y que llevará por título *Literatura de guerra y de post-guerra*, contiene un comentario sobre la hermosa poesía que le arrancó a Usted, la matanza de judíos en Polonia. En ningún momento he tratado de aminorar su obra, ni disminuir sus méritos. Al enfrentarla a Aída Moreno Lagos, quise puntualizar que usted y ella son dos cosas distintas, tan distintas como puede ser un físico de un químico sin necesidad de exaltar al uno en detrimento del otro.

A este "facedor de entuertos" le falta lo que le sobraba a Demonax, y habría que, invirtiendo los términos con que este filósofo contestaba a Favorino, concluir que sus "provisiones de viaje en sus estudios", denotan falta de virilidad.

Agradeciéndole la atención que cree merecer mi lealtad, quedo enteramente a sus órdenes.

JULIA GARCÍA GÁMEZ [1]

S/d. Casilla 2621.
Santiago de Chile

[1] Publicista argentina de paso en Chile.

El caudillo revolucionario...

New York, 29 de Marzo de 1928.

Señor García Monge
Repertorio Americano
San José de Costa Rica

Estimado Director y amigo:

El caudillo revolucionario, en lugar de desaparecer, tiende a convertirse en el común denominador de la política latinoamericana. La casi totalidad de nuestros gobiernos son el resultado directo de una o varias revoluciones. El sufragio legal no existe o si existe en algunas repúblicas existe por excepcion Esta es la opinión prevalente en el extranjero respecto al carácter general de la política ibero-americana. Créamelo. Han contribuido además a nuestra popularidad internacional los indios, el tango y los rastacueros.

Ultimamente Chile parece haber ingresado también a la lista oficial de países latino-americanos que llenan las columnas de los diarios con noticias de disturbios internos. Hasta hace poco la palabra Chile era una palabra popular en los Estados Unidos. Pero la popularidad de la palabra Chile era una popularidad extrictamente culinaria. Todos los habitantes de Gringolandia han oído nombrar el "Chile con carne", guiso mexicano de carne y ají que figura en la lista de platos de la cocina cosmopolita norteamericana. Chile era sinónimo de ají, un simple vegetal sin trascendencia geográfica. Ahora... es otra cosa...

Los diarios de Nueva York mantienen al público al tanto del reciente movimiento sedicioso descubierto en Santiago y de la expulsión de 52 conspiradores a las islas de Juan Fernández. A juzgar por las informaciones el fin del complot era derrocar el actual gobierno del general Ibáñez y acusan de propaganda comunista a los conspiradores. Desde tan lejos es difícil pronunciarse en pro o en contra del atentado. Nos faltan informaciones de primera mano. Pero es menester considerar este golpe y los anteriores por lo menos en abstracto, es decir, en lo que significan como representación de nuestro estado político ante los demás países que no saben nada o casi nada de nuestra geografía ni de nuestra historia.

Usted es un amigo de Chile. Más todavía: usted es un amigo de America. Talvez el amigo más leal y activo que América tiene actualmente en todo el continente. Su *Repertorio Americano* ha hecho más por la cultura y el ideal de América que todos los discursos juntos de los charlatanes del latino-americanismo. Creo que usted — aunque probablemente alejado de la política como yo— no dejará de afectarle el peligro del caudillo revolucionario, nuestro común denominador en el extranjero.

Lo saluda cordialmente,

ARMANDO ZEGRÍ

S/c.: 341 West 12 Street
New York City.

Contribución de los maestros y algunos vecinos de Atenas
en auxilio de la Srta. Lilly Artavia y Don Arturo Chaves

Atenas 20 de Abril de 1928.

Sr. don Joaquín García Monge
San José.

Muy estimado Sr. García:

Después de saludar a Ud. muy cordialmente, le rogamos excusar la molestia que le vamos a ocasionar.

Habiendo recogido **₡ 125.15** *para ayudar a la señorita Lilly Artavia y a don Arturo Chaves, deseamos que Ud. nos haga el favor de entregar esos fondos al Comité encargado.*

Mucho agradeceríamos la publicación en algún diario, de la lista de contribuyentes adjunta.

Anticipándole las gracias quedamos a. s. s.

MARTHA MIRAMBELL — ELISA RAMÍREZ

Froilán Bolaños, ₡ 25.00.—Angel Arredondo, 10.00—José Jenkis, 10.00.—Guillermo Campos, 10.00.—Rafael A. Jenkins, 6.00.—Nicolás Jara, 5.00.—Benigno Campos, 5.00.—Eloy Monge, 5.00.—Primitivo Rojas, 2.00.—Juan de Dios Umaña, 2.00.—Milton Ramírez, 2.00.—Rafael A. Fonseca, 2.00.—Augusto Ramírez, 2.00.—María Elena Umaña, 2.00.—Alice Mirambell, 2.00.—Martha Mirambell, 2.00.—Paco Arredondo, 1.00 Isidoro Ramírez, 1.00.—Eriberta Lobo, 1.00.—Dora Arias, 1.00.—Jovita Ugalde, 1.00.—Livia de Sarabia, 1.00.—Elisa Ramírez, 1.00.—Angela Ramírez, 1.00.—América Ramírez, 1.00.—Margarita de Chaves, 1.00.—Rafael A. Solera, 1.00.—Etelvina de Cordero, 1.00.—Aurora Bogantes, 1.00.—Olga Bogantes, 1.00.—Elodia Matamoros, 1.00.—Olimpia Cabezas, 1.00.—Edelmira de Vega, 1.00.—, Aurelio Vega, 1.00.—Nelly Argüello 1.00.—Ada Jenkins, 1.00.—Josefa Pérez 1.00.—Romualdo Fonseca, 1.00.—Hernán González, 1.00.—Ramón Campos, 1.00.—Edmundo Mora C., 1.00.—Manuel López P., 0.75.—Juan Sancho, 0.65.—Luis Rodríguez, 0.50.—Elena Cabrera, 0.50.— Noé Cascante, 0.50.— Hernán Campos, 0.50.—Odilio Campos, 0.50.—Ricardo Campos, 0.50.—Rubén Molina, 0.50.—Juan R. Cubero, 0.50.—Ricardo Morera, 0.50.—Gerardo González, 0.50, Ernesto Araya, 0.25.—José González, 0.25.—Juan Avila, 0.25.—María Teresa Carvajal, 1.00.—Total ₡ 125.15.



Poemas

de María Luisa Domínguez

Para *Repertorio Americano*

Escultura de llamas

En una sola llama de soberbio esplendor
esculpiré tu imagen y avivaré su fuego
con las corolas rotas de todos mis ensueños.
Resbalará la sangre fragante de las flores
y miraré impasible retorcerse los pétalos.

Como al ídolo antiguo de un misterioso culto
yo he de sacrificarte lo mejor de mí misma
y romperé a tus plantas el collar de rubíes
que enriqueció de rojo mi joven alegría;
una a una las cuentas desgranarán su fuego
para ti convertidas en crepitar de chispas...

Después te daré muertos los pájaros del Alba
en cuyas alas viven la luz de oro, el rocío
y el color verde tierno de los brotes primeros,
los pájaros del alba que se labraron nido
en este corazón mucho antes que tu nombre,
buho oscuro que ahora lo ha tornado sombrío.

Y la desesperada renuncia de mi dicha
florecerá de lirios morados mi camino.

Tú serás la soberbia y encendida escultura
de una gran llamarada que nutriré en mí misma
y desde el plinto negro de mi constancia eterna
dominarás los valles oscuros de la Vida
con la altivez tranquila que eternizó en el Arte
el imperio de todas las estatuas antiguas.

Idolo cruel y extraño de un culto innominado
me exigirás la entera renuncia, la absoluta,
y al morir de los Tiempos, junto a la llama viva
de tu escultura roja, sólo seré una oscura
tristeza vigilante dolorosa y lejana
y sobre el mausoleo de tanta ilusión viuda
la realidad más alta que tendrá mi Destino
será el fuego implacable, vibrando en tu escultura!

Granado

Sobre la tierra que me reciba
quiero un granado...

Las ramas verdes, frescas, lustrosas
que el sol aviva
darán al viento mi enamorado
sueño de campos, de agua y de rosas!

Arbol de fuego y árbol de vida
cuando se incendien de ascuas sus hojas
será un milagro de bocas rojas
sobre mi boca ya enmudecida.

Gorjear de pájaros, zumbar de abejas
ecos del viento de la montaña

serán mis versos, serán mis risas, serán mis quejas
en una sola canción extraña!

Rubor de savia, sangre del sol
cuando en las frutas viva un intenso zumo arrebol.
Un rubí en agua, que se desangre por cada grano
—maduro don—
será mi múltiple corazón
fructificado frente al anhelo de toda mano..!

Nocturno

En la noche profunda mi inquietud de lo Ignoto
se agudiza hacia arriba como la punta oscura
del ciprés silencioso que es un cirio apagado...

(Esta luna amarilla se me figura un loto
nadando sobre el cielo, de un azul de agua pura
ancho río nocturno de cauce innominado).

El rumor de las ramas y el olor a hojas muertas
me siguen por las sendas oscuras que camino
y un recuerdo que trae su sombra a mi destino
me sigue en la obsesión de dos alas abiertas
de terciopelo negro, que en avidez de lazo
quieren ceñir mi pecho con un sombrío abrazo...

Mi misma fiebre enciende las pupilas de un cuervo
como dos esmeraldas calientes en la sombra
todo, todo un futuro de presagios me nombra
por la voz misteriosa de tu recuerdo acerbo.

Siento crecer en mi alma como una amarga ola
la idea de la muerte, la pena de estar sola,

el pensamiento fijo de saberte muy lejos
perdido en algún mundo de luces y de espejos...

La sangrienta y pesada rosa de mi alegría
se ha recogido trémula... Siento el mordisco helado
de un ala de murciélago pegajosa y sombría
que en su volar oblicuo sobre mí, me ha rozado...!

Buenos Aires, 1928.



La Edad de Oro

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

Nevando

(En Nueva York, enero de 1920)

Comienza a deshojarse allá arriba una inmensa flor blanquecina, de hojillas leves, que vuelan y revuelan, como si fueran copitos de ceniza, o el plumón deshecho de una garza.

Van cayendo, cayendo levemente, alzándose a veces como si de nuevo quisieran esconderse entre las nubes lívidas; o se entretienen jugando entre las jambas de las ventanas, hasta detenerse sobre los umbrales, como abejas cansadas de zumbar y rondar. Una ráfaga sopla, y se lleva el enjambre, haciéndole girar en torbellino o estrellándole contra los muros.

Van y vienen, descienden, se ciernen indecisos, se levantan de nuevo, y otra vez caen, caen, lentamente, posándose sobre las cornisas de los portones, en el barandal de los fire-escape, (1) sobre las cuerdas de tender ropa, y, en fin, sobre las anchas losas de los patios y de las calles.

Caen, caen, espesándose por momentos, cada vez más densos, más densos, hasta que la lluvia de pétalos se transforma en un solo cendal que ondula vagarosamente, desarrollando sus mil y mil repliegues de gasa tenue y blanca.

Y bajo la lluvia silenciosa, frígida, voltejeante, desmenuzada y perenne, las cosas todas van revistiéndose de una clámide blanca... y los techos, las cuerdas, los árboles, las grietas de los muros, los postes renegridos, los suelos maculosos, y hasta los harapos que yacen apuñascados en el descansillo de las escaleras, se limpian, se purifican y se abrillantan bajo los copos níveos, relucientes y tersos.

*

Así comenzó, bellamente, como una purificación y un deslumbramiento, esto que ahora se llama la tempestad de nieve... y es una desolación y una opacidad de muerte y de tristeza.

La nieve siguió cayendo todo el día, sin tregua, y fué cubriendo las losas del pavimento, las depresiones del enlosado, los techos apizarrados de las iglesias, los umbrales de las ventanas y los umbrales de las puertas, el agua durmiente del río, la cubierta de las embarcaciones, las rejillas de los sótanos, las cuerdas que se entrecruzan en los patios, tensas de ropas húmedas; los toldos de los teatros y las azoteas de las casas, los sombreros y los abrigos de los transeuntes, las capotas de los autos y de los camiones... todo, todo... transformando la diversidad y la multiplicidad en una sola cosa única, uniforme e informe, en una blancura sin contornos, sin principio y sin término, sin arrugas y sin matices, callada, solitaria, inmensa y sempiterna... como si toda la oquedad de los mares y el abismo de la atmósfera se hubieran ido vaciando callados y pausados sobre la Tierra atribulada, cubriéndola con una ceniza fúnebre, sudario del silencio y de la muerte...

Al amanecer del otro día, la Nieve habló. A su mutismo de la noche y del día anterior, sucedió un leve rechinar en las vidrieras, golpeteos amortiguados en las ventanas, y un zumbido incierto y lejano que venía del mar...

Que venía tan lentamente, y con pasos tan sigilosos, como si fuera un caminante fatigado que apenas avanzara en su andar.

La nieve se deslizaba sobre los vidrios con un rumoreo imperceptible, como el de una colmena en las horas dormidas de la siesta.

Apenas se oía.

Luego aquel siseo fué acentuándose, haciéndose chasquido, crujido de virutas, restallido de chispas... y por fin un neto cric-crac, cric-crac, cric-crac, cric-crac

Era la escarcha.

Las hojillas de rosa té, las alas desmenuzadas de mariposas blancas, los copitos de algodón escapándose de las corolas, la ceniza tenue que va y viene, vuela y revuela, aletea y revolotea... y toda aquella levedad blanca y suave, se ha transformado en cristalillos esféricos, duros, menuditos, de blancor mate y lácteo, que caen rudamente, en violentas líneas oblicuas, en zig-zags arbitrarios, acribillando los muros y las ventanas bajo una espesa lluvia de proyectiles imperceptibles... cric-crac, cric-crac, cric-crac...

Van pasando las horas, una a una, hasta el momento de salir el sol, y en vez de su luz vivificante, sembradora de anhelos y esperanzas, se inicia apenas un semifulgor lívido, pugnando por brillar a través de la bruma congelada y espesa...

Fué, no más, un instante, un aletear efímero en el seno profundo de la nieve silente. Un relucir furtivo de algo que habría sido luz... un destello... y luego, la lividez siniestra de la bruma, tendiéndose sobre la tierra sollozante.

La lluvia de arenitas crepitantes salta, chirría, estalla fugazmente para fundirse luego, desvaneciéndose en las anchas costras de hielo. El rumor lacerante de la escarcha llena todo el ambiente aquí en el suelo; mientras allá en lo alto, ronca profundo el viento que se va tornando tempestad.

Cric-crac, cric-crac, dice la escarcha, golpeando la ventana... Y allá arriba, hom hom, hom, rezonga el viento amenazante... y aquí dentro, en el cuartito estrecho que nos guarece de la nieve y del frío, el dulce, el confortante rhz, rhz de los irradiadores, con sus tibios alientos que recuerdan ternuras maternales, con sus arrullos íntimos, que parecen un cántico entonado a los dioses del trabajo y la paz.

¡Oh canción inefable del agua que hierve y se aerifica en los caños protectores! ¡cómo vuelven la vida y la temperanza del ánimo, cuando al venir el día se insinúan tus primeras notas, como los primeros gorjeos del mirlo en primavera!

¡Oh divino rumor que eres, a un tiempo, canción de las ondas en la playa, cuchichear de las hojas en el bosque silente, charlotear de los pájaros al advenimiento de la aurora... rhz, rhz, rhz...

¡Hogar!...

Mientras afuera luchan y se debaten todas las inclemencias; mientras el viento, la lluvia, el granizo, la nevisca dilacerante, la ráfaga que ciega, la humedad que corroe, la escarcha que paraliza y petrifica, el huracán que asorda y acobarda, el cierzo que estremece, la niebla que nos confunde y desconcierta, las agujas heladas del vendabal que nos traspasan y dan vértigos; mientras las siete fauces de la Hidra polar ahullan y multiplican sus pavorosas embestidas, aquí dentro hay la paz, la luz, la firmeza, la esperanza que se yergue triunfante, la fe que impulsa a un triste enfermo, salvado apenas de la muerte, a emplear sus largas horas de convaleciente en el trabajo que hace la vida santa y grata.

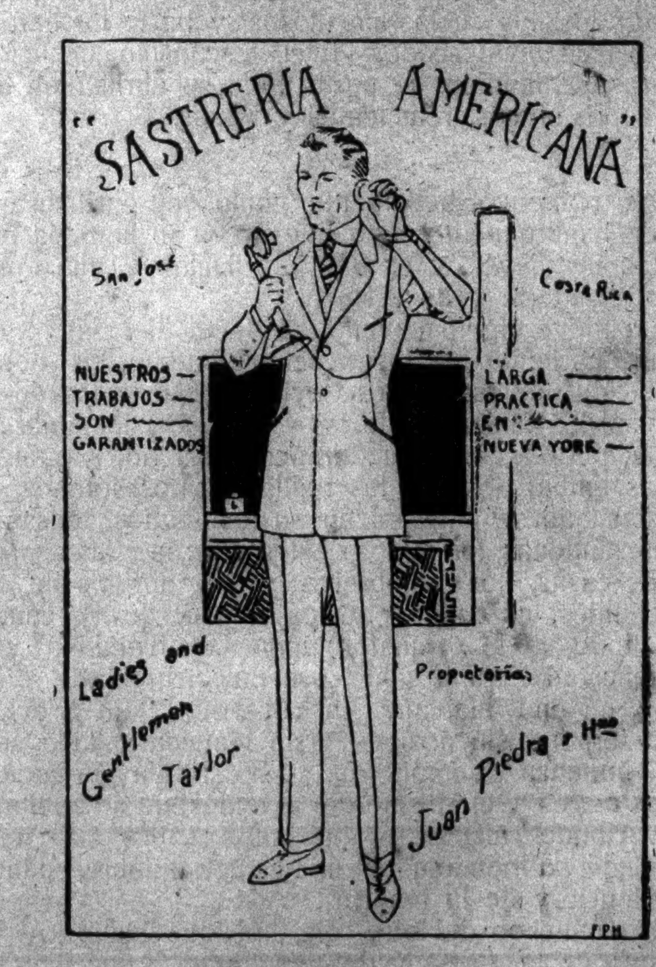
(1) *Fire-escape.*—Escaleras de salvamento contra los incendios.

Un simple vidrio protector, que rechaza todas las furias, y deja penetrar solamente la luz, fulgente don del Sol, y el himno del radiador, su *leimotif* divino, emergido del alma de la llama, me sostienen triunfante, prepotente contra la muerte, contra el dragón que está ahí, al otro lado, azotando los muros con su cola escamada de escarcha y de granizo.

Cric-crac, cric-crac, cric-crac... mis ojos se vuelven ansiosos y sobresaltados a la ventana, que se estremece y cruje.

Rhz, rhz, rhz, rhz, preludia el radiador... y tranquilo, reconfortado, recojo mi lápiz y vuelvo a mi trabajo, arrullado por la canción divina.

ALBERTO MASFERRER



Lado Oeste Foto Hernández

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica